

Incluye un CD

Hotel Suites Kino

Historia de un Hotel

Franco Becerra B. y G.



Hotel Suites

Un Hotel Centenario

Por

Franco Becerra B.y G.



CENTAURO
Consultores en Comunicación

ÍNDICE

<i>Dedicatoria</i>	<i>6</i>
<i>El hotel habla.....</i>	<i>8</i>
<i>Los recuerdos de una Dama hermosillense</i>	<i>14</i>
<i>La familia Corral Canalizo se hospeda en el Hotel Cohen.....</i>	<i>32</i>
<i>Una pareja de Hermosillenses.....</i>	<i>42</i>
<i>Un coleccionista obsesivo.....</i>	<i>72</i>
<i>El regente de hierro en el Hotel Kino.....</i>	<i>75</i>
<i>Un niño hermosillense en los 60's.....</i>	<i>79</i>
<i>Los viajeros son noticia.....</i>	<i>83</i>
<i>La lealtad es un camino de dos vías.....</i>	<i>94</i>
<i>Muchacho italiano viene a casarse</i>	<i>102</i>
<i>Rosalba Benard Jiménez Gerente General.....</i>	<i>108</i>
<i>Armando Benard Jiménez, Director General</i>	<i>112</i>
<i>Agradecimientos.....</i>	<i>118</i>

Diseño de Portada: LDG. Juan Tostado
 Diseño de Interiores: LCC. Paulina Isabel Molina Díaz
 Foto de Portada: Melissa Alejandra Güereña Zamudio



CENTAURO
 Consultores en Comunicación

Hotel Suites Kino,
 Un Hotel Centenario.
 D.R. © Lic. Franco Becerra Boyaín y Goytia

D.R. © Centauro, Consultores en Comunicación
 Perimetral No. 45 Col. Modelo, Código Postal 83190
 Hermosillo, Sonora.
 Tel. (662) 215-57-90
 Cel.(6621) 87-73-95
 e-mail: franco_becerra@hotmail.com

Primera Edición.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo.

Con un inmenso cariño para mis padres Catalina y Francisco; amor solamente comparable con el que profeso por mi esposa Mayela y mis hijos Francisco Javier, Leyla y Luis Fernando.

Bienvenidos vuestras mercedes al libro que cuenta mi historia. Con merecido orgullo lo digo en voz alta: soy el hotel más antiguo en el noroeste de la república mexicana. Divisé la primera luz en las faldas del cerro de La Campana en Hermosillo Sonora en el año de 1863: friso por lo tanto 148 años.

Es menester recordar que el 19 de noviembre de 1862 el Sr. Manuel Iñigo le vendió el terreno donde hoy me encuentro al Sr. Carlos E. Hale, ciudadano norteamericano quien por aquellos años era el cónsul de la Unión Americana en Sonora.

En diciembre de ese mismo año el Ilustre Ayuntamiento de Hermosillo le extendió al Sr. Hale, una licencia para construir una hospedería que se llamó primero El Mesón y posteriormente El Siglo XIX. Debo señalar que en mis años mozos era un modesto edificio de dos pisos con solamente seis habitaciones de adobe.

La propiedad en la que me asiento tuvo varios dueños en muy corto tiempo: fue así como pasaron frente a mis ojos el Sr. Napoleón Graff, y el Sr. Bernardo H. Lacarra, quien aún no

calentaba el sillón como dueño cuando me vendió el 12 de diciembre de 1891 al Sr. Antonio García. Mi estimado don Antonio me rentó con el Sr. Marcos Mark Cohen para que me administrara, con el apoyo en la operación de su gentil esposa doña Herlinda de Mark. Bajo la administración de esta diligente pareja y durante la década de 1891 a 1900 llevé el nombre de Gran Hotel. En el año de 1907 se inició la construcción del edificio que hoy ocupo en el corazón del centro histórico de la capital sonorensa. Con bombo y platillo me inauguraron en 1909 bautizándome con el nombre de Hotel Cohen.

Se iniciaba un nuevo siglo y yo arribaba a él con el optimismo del que avizora un futuro promisorio. La arquitectura de mi fachada me gusta, me parece sobria y elegante: con la ornamentación de pilastras adosadas y los vanos de mis ventanas. En la esquina que está “redondeada”, la remata en lo alto un copete ornado. Me han comentado que mi fachada tiene la influencia de la arquitectura francesa, corriente muy en boga a finales del siglo XIX

Me tocó ser testigo de los vaivenes de la política en los albores del siglo XX. Los mexicanos que si bien conocieron la paz por varias décadas, ahora sufrían la dictadura de don Porfirio. En el país se respiraban aires de conflicto, en el que mi querido Hermosillo no era la excepción.

Les confío una anécdota que describe el clima político que

imperaba en enero de 1910: llegó hasta mi administración una orden de la autoridad para negar el alojamiento al Sr. Francisco I. Madero y su comitiva, que entonces hacía campaña para la presidencia de México. En ese tiempo Hermosillo era un pueblo pequeño, todo se sabía inmediatamente, es por ello que nos enteramos que el candidato dio un mitin muy concurrido en el Jardín Juárez; se decía que asistieron como unas quinientas personas.

Como ningún hotelero se atrevió a contrariar la orden del gobierno, el fotógrafo Jesus H. Abitia que entonces tenía su estudio en la calle de don Luis, hospedó en su casa a Madero y a su esposa Sara. La vida es veleidosa y más temprano que tarde cobra facturas: un año después de este desaguizado, el chaparrito de Coahuila derrocó al dictador quien desterrado se embarcó para la Francia.

Tres años después, el entonces joven coronel Alvaro Obregón Salido, llevó a cabo algunas reuniones en el salón de mi segundo piso. Mire usted, si de algo estoy orgulloso, es por saber que dentro de mis muros se diseñaron estrategias militares contra el gobierno espurio de Victoriano Huerta.

Los años transcurrieron, la ciudad crecía y yo con ella, es así como llegué a los “fabulosos veintes” en el venturoso año de 1922 me adquirió la Sra. Elvira García Vda. de Noriega, aunque, debo decirle usted que la administración continuó

en manos del Sr. Cohen hasta 1930, año en el que me arrendaron los amigos de mi patrona, don Felipe León y su esposa doña María. Durante los 8 años que la familia León me administró llevé el nombre de Hotel Moderno.

Corría el año de 1938, lo recuerdo bien porque ese año se nacionalizó en México la industria petrolera cuando doña Elvira me vendió a su hija la Sra. Elvira Noriega de Benard, quien tuvo el buen tino de ponerme el nombre de Hotel Kino, que hoy, mire usted: ¡porto con orgullo!.

Por esa época se hicieron más atractivos mis servicios, al contratar a los experimentados cocineros Hans y Chale, quienes trabajaron en el Hotel Washington de Magdalena, Sonora. Todo Hermosillo deseaba comer las succulentas viandas que preparaban estos maestros de la cocina.

Por aquellos años, mis patrona acostumbraba enviar a recoger a nuestros huéspedes en la estación del tren y transportarlos en dos vehículos de nuestra propiedad: uno era un carro Dodge modelo 1935 y el otro, un pick up Plymouth modelo 1939, en el que no pocas veces mis clientes se colgaron de los estribos, o bien, se acomodaron en la caja junto a sus maletas.

Fue a mitad de los años sesentas que llegó a administrarme el Ing. Armando Benard Noriega, el hijo mayor de doña Elvira Noriega de Benard. Aquí todos lo conocemos como el

“Güero” Benard, quien con su talento y entrega fue el que realmente detonó mi crecimiento.

Los años corrieron veloces y en el 2010, una nueva generación ha tomado la estafeta de sus antepasados y me administran aplicando nuevas estrategias, pero respetando íntegramente mi esencia histórica; ellos son los hermanos Rosalba y Armando Benard Jiménez, a quienes conozco desde su niñez.

Como usted bien lo podrá imaginar mi historia es muy extensa; para ayudarme a contarla, la familia Benard Jiménez invitó al escritor Franco Becerra B. y G., amigo de la familia, quien pacientemente realizó una investigación histórica al consultar diversos archivos y además, entrevistar a familiares, amigos y colaboradores que me han acompañado durante mi trayectoria; con sus variados testimonios confío que ustedes me conocerán mejor.

Yo llego hasta aquí. Aunque reconozco que la brevedad nunca ha sido mi atributo, les agradezco su paciencia y los invito a leer la narración de Franco. Con toda mis atenciones para usted, su muy seguro servidor.

El Hotel Kino

Los Recuerdos de una Dama Hermosillense

Tiene una mirada bondadosa y una sonrisa que refleja su alma. Es una dama hermosillense que ha sido testigo del transcurrir de más de nueve décadas. El solo hecho de pronunciar su nombre acarrea un torrente de simpatías. Ella es: Doña Teresa Noriega García Vda. de Arias.



Doña Teresa Noriega García Vda. de Arias

“Doña Tere”, como cariñosamente se le conoce en Hermosillo, es descendiente de la pareja conformada por don Alfredo G. Noriega y doña Elvira García de Noriega. Sus hermanos fueron Alfredo, María y Elvira.



Don Alfredo G. Noriega y doña Elvira García de Noriega

La madre de doña Tere, doña Elvira, fue una mujer dinámica y emprendedora, cualidades extraordinariamente adelantadas para su época. A principios del siglo XX no era común que una mujer interviniera en los negocios: terrenos reservados exclusivamente a los varones. Doña Elvira García de Noriega, adquirió en 1922 el Hotel Cohen, propiedad que recibió “como pago de una deuda”. La misma hospedería que rentó y administró de 1891 a 1929, don Marcos Mark Cohen. Para entender plenamente lo que hay detrás del Hotel, hay que recurrir a la tradición oral de la familia Noriega García, como la cuenta su propia hija, doña Tere.

En la sala con doña Tere

Sentada en un mullido sillón, en su espacio, en la sala de su bella casa, doña Tere nos cuenta que su padre, Alfredo G. Noriega fue dueño de uno de los campos pioneros de la costa de Hermosillo a finales del XIX. En el campo San Fernando se cultivaba con éxito el trigo, la cebada, el frijol y el algodón. Debemos recordar que por aquellos años México era considerado como el “Cuerno de la abundancia”.

Con cientos de peones, San Fernando era autosuficiente, como lo eran muchos de los campos agrícolas y haciendas en México. Doña Tere afirma: “Allí se ordeñaba leche, con la que se hacían unos quesos muy sabrosos; había también una bien montada curtiduría, en donde a los trabajadores se les hacían sus “tehuas”. En el campo había alimentos para todos, esa era la orden de mi padre. San Fernando contaba con todos los servicios de una comunidad. Para llegar al campo, ubicado a 65 kilómetros de Hermosillo, había que salir de madrugada y llegar al crepúsculo.

Aunque San Fernando es el nombre oficial del campo agrícola, todos en la costa de Hermosillo lo conocen como el campo “La Máquina”, pues cuenta doña Tere, que había una colosal máquina - parecida en dimensiones a una locomotora - que extraía el agua de su pozo. El monumental aparato hacía tal “estruendo” que era imposible ignorarlo: La máquina se es-

cuchaba día y noche a una legua de distancia. Según recuerda Gerardo Dyck Feher, vecino del campo “El kilowatt”, aquel aparato era un Fairbanks Morse de 3 pistones cuyas dimensiones de cada uno, eran las de un motor de Volkswagen.

Es de justicia el mencionar que el agua del pozo de “La Máquina” irrigó por primera vez los fecundos sembradíos de la costa hermosillense.

El ataque de los yaquis a La Máquina.

Trotaba con algunos tropiezos el año de 1916. Eran tiempos violentos en nuestro país, en los que Sonora no era la excepción. La tribu yaqui que había sido cruelmente hostigada durante el porfiriato, asolaba las poblaciones sonorenses y sus campos agrícolas. Los periódicos de la época destacaban la siguiente noticia: “Las tropas federales, destacamentadas en Vícam, ametrallan a un grupo de pascolas, matando a 60 yaquis, hombres, mujeres y niños, provocando una nueva rebelión indígena”

El campo “La Máquina” fue presa de la furia de la tribu. La actitud de doña Tere adquiere un matiz de tristeza: “Durante el ataque, mi padre se atrincheró en la casa grande. Los yaquis capturaron al mayordomo y amenazado de muerte, lo orillaron a la traición: “Abrame don Alfredo, soy yo”. Al abrir la puerta, el dueño de la Máquina cayó abatido por las balas. El Gral. de

Brigada Eduardo García Carmelo, hermano de doña Elvira, tuvo información previa del amago de los yaquis y envió a un piquete de soldados a defender La Máquina. Desafortunadamente el joven oficial al mando, atemorizado por la fiereza de los yaquis, ordenó a sus soldados guarecerse en el campo vecino a La Máquina: el campo San Carlos, propiedad de don Jesús Huerta. En el cruento asalto murieron don Alfredo G. Noriega y ocho de sus trabajadores. Ante el desacato, el cobarde militar fue pasado por las armas. La memoria de las familias sonorenses registra cruentos ataques de los yaquis, como el que sufrió la familia Torres en su rancho ganadero “Las Calaveras”, o el que la tribu perpetró en la hacienda “El Molino de Camou”.

Doña Elvira, que en el momento del ataque se encontraba con sus hijos en la capital de Sonora, con gran entereza ordenó que su marido y sus trabajadores fueran velados, todos juntos, en la sala de su residencia de Hermosillo. Ante ese hecho inusitado que extrañó a sus allegados, doña Elvira sentenció: “Si en vida estuvieron con él, en la muerte también”.

Doña Elvira García de Noriega al enviudar, decidió partir en tren rumbo Nogales y de ahí, a Los Angeles California, donde sus hijos estudiaron el idioma inglés en una estancia de tres años. Doña Tere, entonces una niña de tiernos cuatro años activa el recuerdo: “Nogales era ya una ciudad hecha y derecha, mientras que Tucson era apenas una villa”.

Álvaro Obregón visita a doña Elvira

La familia Noriega regresó a Hermosillo en 1919; aún la efervescencia de la Revolución Mexicana bullía por doquier. El Hotel Cohen años antes ya había sido la sede de reuniones militares encabezadas por el entonces Coronel Álvaro Obregón Salido, cuya foto tenemos como testimonio en este libro. Durante la estancia de la familia Noriega en los Estados Unidos, doña Elvira autorizó que su casa fuera ocupada algunos días por Obregón. Debemos apuntar que la familia Noriega, como muchas otras a lo largo del país, fue afectada en su economía por las diferentes facciones revolucionarias en pugna. La familia recibió bilimbiques como pago a diversas transacciones comerciales. Como ustedes saben y si no, para eso estamos, para contárselo, los bilimbiques eran papel moneda que emitían las fuerzas militares durante la revolución, moneda que únicamente valía mientras su emisor ejercía el poder y la autoridad en una región.



Bilimbique de la época



Una mañana de verano hermosillense, doña Tere recuerda que vio llegar a su casa al general invicto de la revolución; su porte gallardo la impresionó.

El Gral. Obregón fue recibido en la sala donde se le sirvió una refrescante limonada. Doña Elvira le preguntó con la gentileza propia del anfitrión: “Señor General ¿A que debemos el honor de su visita?” “Primero que nada, doña Elvira, para agradecerle su hospitalidad, pasé unos días muy confortables en esta su bella casa. Al lado de la frondosa bugambilia que tiene usted en el corral, pasé agradables momentos leyendo”.

Elocuente como era Obregón, no dio tiempo más que para que Doña Elvira asintiera, y continuó: “Por otro lado, sabemos que

su familia fue afectada por la Revolución; tengo información que usted recibió bilimbiques por una cantidad considerable” “Así es, General, así es”. El militar le dio un profundo trago a su limonada y prosiguió: “Pues bien, mi estimada señora, tengo la autorización del señor presidente don Venustiano Carranza para reintegrar a su familia la cantidad afectada”. Obregón orgulloso se atusó el bigote.

Doña Elvira que se abanicaba suavemente respondió con diplomacia: “General, le agradezco a usted y al presidente Carranza esta deferencia mostrada para mi familia, pero mire, afortunadamente, yo no sufrí el dolor de perder un hijo en la Revolución, como muchas madres mexicanas. Por ello, considere usted “aquel asunto” saldado y, tómelo como una modesta aportación de mi familia a la Revolución” “¿Desea usted otro vaso de limonada... General?” “Nos la tomamos doña Elvira, nos la tomamos. Faltaba más”.

¿Qué hechos sucedían en el mundo en 1919? En su residencia de Oyster Bay, cerca de Nueva York, moría Theodore Roosevelt, el vigésimo sexto presidente de los Estados Unidos. En los Toldos, provincia de Buenos Aires, nacía una niña de la que años después se hablaría mucho: Evita Duarte de Perón. El mundo del boxeo se asombraba con la agresividad de Jack Dempsey, “El Matón de Manassa”, que destrozaba a Jess Willard y se coronaba como campeón de los pesos pesados.

La casa de doña Tere

La arquitectura de una casa tiene un ritmo, una cadencia que le traza el estilo de la época en la que fue concebida. Cerca de lo que fue el Parque Ramón Corral Verdugo, en la infancia del siglo pasado, se encuentra sobre la calle Serdán, una casa única: una residencia cincelada con la sobria elegancia del estilo neoclásico.

La casa de doña Teresa Noriega Vda. de Arias es un vals de Campodónico que flota suavemente por el centro histórico de Hermosillo. En ella, el tiempo transcurre sin apresuramientos: se acude previa cita y se recibe al visitante con esmerada amabilidad. Té si la visita es en la tarde; café con panecillos si se acude durante la mañana.



Fachada de la casa de doña Teresa. Calle Serdán No. 17

Una promesa de amor frustrada

La casa fue construida por Adolfo Bley, comerciante judío de origen alemán quien tenía en sus planes desposar a una joven hermosillense. La casa fue diseñada por el Ing. Felipe Salido y edificada en tres años. Vía el puerto de Guaymas, los más refinados muebles importados de Europa, hallaron acomodo dentro de sus muros. Óleos, esculturas y candelabros, se enseñorean por la sala y la estancia. La vajilla de plata reposa sobre la mesa de caoba del comedor. Las paredes están recubiertas de sedas originales y sus techos decorados con laminilla metálica. La luz de la tarde se asoma con discreción por una ventana entreabierta y proyecta un obelisco sobre el parquet. Todo este boato fue la manera de patentizar el amor de Bley por su prometida. Sin embargo, el destino, ese burlador del futuro ajeno, deslizó una sorpresa en el tablero de la vida: El era judío y ella profesaba el catolicismo.

La boda fue suspendida con el sigilo en el que se sumergen las penas.

Doña Elvira le compró la casa a Bley, incluido su mobiliario, ante la resistencia de su hermano el Gral. Eduardo García, quien deseaba que su hermana construyera su residencia en los límites de la ciudad: “Pero Elvira, para que vas a pagar tanto dinero, mira, con esa cantidad, te puedes construir una casa a tu gusto cerca de la mía, yo te consigo el terreno”. “Es-

cucha Eduardo, y escúchalo bien - le replicó a su hermano- de vacas y sahuaros ya tuve suficiente: de hoy en adelante, todo lo que pase en Hermosillo va a pasar frente a mi casa”.

Y sí, su palabra fue ley: doña Elvira sentada cómodamente en su poltrona, vio desfilar al Ejército del Noroeste, con el Gral. Obregón al frente; fue testigo de los carnavales que los hermosillenses organizaban con fastuosa pompa. El rumboso carnaval tenía como tema musical “Los papakis” (Los payasos) cuya letra jovial todos cantaban: “Por aquí pasó la muerte, con su aguja y su dedal, preguntando donde vive, la reina del carnaval...” No tenían que ir muy lejos: la reina vivía en la calle Serdán número 17, era la bella Teresa Noriega García, cuyo porte y elegancia fue reconocido, al ser coronada en dos ocasiones en los carnavales hermosillenses.

Doña Elvira, además, atestiguó con agrado el arribo de la ciudad a la modernidad vial, cuando en 1927 los trabajadores supervisados por don Luis G. Petterson, pavimentaron su calle. Todo, todo eso y más, vio doña Elvira desde el portal de su casa.

Aquellos tiempos anchos

“Mi madre - recuerda doña Tere- era una mujer de carácter recio, poco afecta a expresar su cariño, yo creo porque tuvo que ser madre y padre desde muy joven; sin embargo, las enseñanzas que nos dejó nos han acompañado a lo largo de nuestra vida”. En el preciso momento que doña Tere evocaba a su madre, llegó su hijo con una chequera: “Madre, es para tus medicinas”. Doña Tere, revisó la cantidad y con una mano ligera estampó su firma en el documento. La charla en la que me acompaña su querida sobrina Chavita Jiménez de Benard, adquiere el tono de las confidencias familiares. Doña Tere nos contó una anécdota de su juventud que ilustra el amplio criterio de su madre. Los norteamericanos llaman a estas personas “Open mind”. Pero, antes de contarla, permítame hacer algunas referencias históricas -no muchas- para enmarcar la época: En 1935, el presidente municipal de Hermosillo era don Humberto Monteverde; el gobernador de Sonora era don Ramón Ramos; la silla presidencial de México la ocupaba un presidente que hizo cimbrar las estructuras hegemónicas del país: el Gral. Lázaro Cárdenas del Río, el pueblo lo llamaba “Tata Lázaro”.

Aquellos eran “Tiempos anchos” en Hermosillo, como los definiría con su prosa inteligente, el Prof. Luis “Lichi” López Álvarez, de cuya obra rescato este pasaje: “Hermosas, muy hermosas eran las muchachas de Hermosillo en la década

de los treinta; y entre ellas, Pina Iñigo, Josefina León, Alicia Abitia, María Luisa Morales, Alicia Bustamante, Migdelina Samaniego, Panchita Ortiz, Alicia Zazueta, Consuelo Dávila, María de la Luz Rojo, Betina Lizárraga, Eva Lagarda, Alicia Aguilar, Julia Encinas, Laura Paredes, María Teresa Noriega, Teófila Huerta, Elisa García Armenta, Fernanda Camou, Amanda Platt y un sinnúmero de bellísimas muchachas que escapan a mi memoria”. Y sí, efectivamente, se le escapó una joven también muy bella que se llamó María Luisa Corral Canalizo, princesa en uno de los carnavales hermosillenses.

Muchachas hermosillenses viajan a San Diego

Retomo la charla: en el año de 1935 se realizó en el puerto de San Diego, California, una feria mundial conocida como la Exposición Internacional California-Pacífico. Evento de polendas del que se enteraron las jóvenes veinteañeras arriba enlistadas: “Mamá, mira le dijo la jovencita Tere, emocionada mostrándole una revista norteamericana: ¿Nos podrías llevar a San Diego a la exposición? Doña Elvira leyó detenidamente el artículo y su respuesta sorprendió a su hija: “Teresa, tu organiza a tus amigas, yo te doy el dinero necesario, y les presto mi carro”.

Entusiasmadas con el viaje, ocho muchachas hermosillenses iniciaron los preparativos; obtuvieron el permiso de sus padres, no sin antes escuchar pacientemente una retahíla de

remilgos. Las entusiasmadas jóvenes se toparon con un problema: un solo vehículo era insuficiente. Doña Elvira, acostumbrada a las soluciones rápidas les recomendó: “Como también anda alborotada con el viaje tu amiga María Luisa, vayan y hablen con Ramón, es un hombre muy comprensivo, seguro que las ayuda”. Se refería a su vecino Ramón Corral Escalante, hijo de quien fue vice-presidente de México, don Ramón Corral Verdugo. El vecino, que al escuchar a Tere no daba crédito a lo que le solicitaba, acudió rápidamente para ver si aquello era verdad: “Elvira, si lo que me dice Teresita es cierto: ¿Tú estás de acuerdo en dejarlas ir?” Doña Elvira le dio una cátedra sobre la trascendencia de los viajes en la formación cultural de las personas. Don Ramón la escuchó atentamente y lo convenció: recordó que él mismo había estudiado ingeniería en Filadelfia y accedió con gusto a prestar a las muchachas su flamante Buick modelo 1934.

El rumor corrió rápidamente en el círculo social de Hermosillo, ante la aventura que emprenderían las jóvenes. Los escollos, todos, se resolvieron sobre la marcha: dos jóvenes amigos serían los choferes: “Nicho” Dávila y “Nacho” Urrutia. Todo estaba listo: partirían al alba. La cita era en la casa de los Noriega. Las maletas se guardaban, mientras las recomendaciones de los padres abundaban: “Hija, te guardé tu jarabe en la petaquilla café, por si te duele la garganta”. “No hablen con extraños, una nunca sabe”, recomendaba una madre atribulada. Doña Elvira siempre previsora, revisaba uno a uno los pasaportes

de las jóvenes. Cuando las muchachas se despedían, uno de los padres ordenó: “Cuando lleguen a Nogales nos mandan un telegrama”. Doña Elvira atajó con energía: “déjense de cosas, ya, que se vayan, nada de telegramas”, y al azotar la puerta de unos de los carros expresó en un perfecto inglés: “No news is good news”. Los padres enmudecieron y las madres con los ojos llorosos, vieron partir a sus hijas. El relój marcaba las 7:30 de una mañana radiante de agosto.

En 1935, Clasa Films filmaba la película “Vámonos con Pancho Villa”, del director Fernando de Fuentes, teniendo como camarógrafo a Jack Draper y como ayudante de cámara al joven Gabriel Figueroa. La cinematografía mexicana rendía honores al Centauro del Norte: el mito del guerrero crecía.

El 23 de junio de 1935, los teletipos de las redacciones de los diarios del mundo repicaban insistentes: “Muere Carlos Gardel, en Medellín Colombia: su avión no alcanzó a despegar y se estrelló”. Los románticos del mundo lloraban por la partida del “Zorzal criollo”. El tango nunca volvería a ser el mismo.

Un niño muy inquieto

Doña Tere siempre ha sido una mujer optimista, la alegría la acompaña en todos los actos de su vida. Habían transcurrido dos semanas de su regreso de San Diego, cuando la vida la enfrentó a una delicada responsabilidad: su hermana Elvira Noriega de Benard, enfermó gravemente al alumbramiento de su bebé, el pequeño Armando Benard Noriega. Fueron meses de desvelo en los que la joven se dedicó enteramente a cuidar a su sobrino. De ahí brotó un profundo amor por el “Güero” Benard; amor que hasta la fecha le profesa. Armando es para doña Tere uno más de sus queridos hijos. Doña Tere es para el Güero una segunda madre. Recuerda divertida: “Era un niño muy inquieto, siempre corriendo para acá y para allá, no se estaba sosiego un minuto”. Cuando al entonces jovencito Benard lo operaron de los “juanetes”, ni así se puso en paz, se ató unos patines y andaba rodando por todos lados, con un “ruidajo” que aturdía a un sordo”. A doña Tere, también le llamaba mucho la atención que aquel infante pasara horas construyendo “casitas” y tratando de arreglar cuanto aparato caía en sus manos. Afición que lo acompañaría por toda la vida, y que veremos más adelante, como esa afición se tornó en una obsesión por el mantenimiento del Hotel Kino.

La familia Corral Canalizo se hospeda en el Hotel Cohen

Los atardeceres de octubre en Sonora suelen ser como incendios. Un viento suave se colaba por las ventanas de un Dodge sedán modelo 1925, que recorría las calles regadas de Hermosillo. Llegaba a la capital sonorense la familia Corral Canalizo.



Don Ramón Corral Escalante y su esposa
doña Guadalupe Canalizo de Corral.

Después de años de residir en Guaymas, encargado del mantenimiento de la planta de luz del puerto, el Ing. Ramón Corral Escalante recibió la invitación de su madre doña Amparo Escalante de Corral, para tomar las riendas del Molino Harinero Hermosillense, antecedente empresarial de lo que es hoy el Molino La Fama.

Doña Amparo era la viuda de don Ramón Corral Verdugo. Un sonorense de excepción, que brilló en la política a finales del siglo 19 y principios del 20, al ser gobernador de Sonora (1887-1891) y de la ciudad de México (1900-1903) Secretario de Gobernación (1903-1911) y Vice-presidente (1904-1911)

con el Gral. Porfirio Díaz Mori.

La memoria de Ramón Corral Verdugo, merece ser rescatada del casillero en que lo colocó la historia oficial mexicana: una historia plagada de falacias e inexactitudes, como efecto de una disciplina sometida al capricho del grupo en el poder. Por ello, resulta incomprensible que los restos de un mexicano ejemplar, se encuentren en el cementerio parisino de Père Lachaise, lejos, muy lejos de su tierra.

Era el 3 de octubre de 1928, cuando la familia Corral Canalizo arribó a la ciudad de Hermosillo. Demos un vistazo a lo que sucedía en México y el mundo por aquella época:

Llegaba a la presidencia de México un sonorenses, recio como político, temible como enemigo: Plutarco Elías Calles, a quien, según cuenta la tradición oral de la familia Corral, siendo Ramón Corral Verdugo gobernador de Sonora, le compró un traje, para que el entonces joven maestro de Guaymas, asistiera propiamente ataviado a un evento magisterial en la ciudad de México.

En Europa surgieron dos noticias que colocaban a los españoles a la vanguardia: en Madrid nació una nueva organización religiosa, se trataba de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y del Opus Dei, gracias a la iniciativa del joven sacerdote aragonés José Ma. Escrivá de Balaguer.

En París, surgía un manifiesto surrealista cinematográfico con la premiere de “Un Perro Andaluz”, obra realizada por Luis Buñuel, quien tuvo como colaborador a Salvador Dalí.

Al llegar a Hermosillo, la pareja Ramón Corral Escalante y su esposa doña Guadalupe Canalizo de Corral eran acompañados por sus seis hijos: María Luisa, Guadalupe, Ramón, Jorge, Amparo y Enrique. El pequeño Ramón, con sus ocho años, era un niño cuyos ojos vivaces delataban su conducta. El departamento que la familia ocuparía en el segundo piso del molino, estaba aún en reparación, por lo que la familia Corral decidió hospedarse en el Hotel Cohen; empresa hotelera hoy conocida como Hotel Suites Kino.



El cerro de La Campana, testigo fiel del acontecer hermosillense, era cubierto por las sombras de la noche.

Una lluvia pertinaz, apuró a la familia a entrar con su equipaje a la recepción del Hotel. Después del largo viaje, Ramoncito correteaba por los pasillos, mientras su padre se registraba en la recepción. La familia fue hospedada en la habitación más grande del hotel, ubicada precisamente en donde hoy se encuentra el Restaurant del Pitic.

Han transcurrido ocho décadas. Aquel infante que jugueteaba por el hotel, es hoy don Ramón Corral Canalizo, un hombre de bien con una actitud positiva que irradia optimismo. Ha formado una familia sonoreNSE ejemplar; nadie duda que nobleza obliga. Este singular hermosillense cuyos amigos se cuentan por cientos, ha trazado en Sonora una estela de honorabilidad.

Don Ramón se lleva la mano al mentón y da paso al recuerdo infantil: “Era un hotel enorme, el primero que yo conocía; me acuerdo que nos dieron una habitación muy amplia, con techos altos y ventanales que daban a la calle. Las camas eran de latón con tambores que rechinaban. En una esquina, había una palangana de porcelana con agua, con la que mi madre me lavaba la cara”. Una llamada telefónica interrumpe la conversación. Don Ramón levanta el auricular, es su hijo mayor, Ramón, “Mon” Corral Ávila, quien está siempre pendiente de su padre. “Anda en Japón”, me comenta orgulloso don Ramón,

y yo, imagino a su hijo en alguna gira de trabajo como responsable de la Comisión Nacional de Acuacultura y Pesca. El orgullo que muestra un padre por un hijo exitoso, es una expresión humana inocultable.

La charla se lleva a cabo en la oficina de su casa. Don Ramón es un apasionado de la fotografía. Sobre los anaqueles detrás de su escritorio, reposan cámaras de diferentes épocas. En su espacio de trabajo, mantiene una computadora, un scanner y una fina impresora digital de última generación. Su fotografía está presente en los diferentes espacios de la casa: bellos y variados paisajes; fotos familiares de diferentes épocas, que recuerdan un pasado memorable. Por allá una foto en blanco y negro de su abuelo con don Porfirio; por acá una foto con don Alberto Herrera Fernández, compañero fotógrafo con el que fundó el Club Fotográfico de Hermosillo. Agrupación de grata memoria entre los artistas de la lente. Acompañados por un rico té verde que nos preparó su gentil esposa, la Sra. Lourdes Gándara de Corral, la charla continúa: “Me acuerdo que los baños del hotel quedaban al final de un pasillo. En medio de la habitación, había una mesa de hierro forjado, con una pesada placa de mármol blanco, donde mis padres desempacaron las maletas, para después guardar las prendas en un gran ropero”. La familia Corral Canalizo, permaneció ocho días en el hotel, tiempo suficiente para que la familia se acostumbrara al ritmo de una nueva ciudad.

Con las habilidades heredadas de su padre, Ramón Corral Canalizo y su hermano Jorge, iniciaron con un servicio que vino a hacer más placenteros los veranos sonorenses. En 1945 se establece Ramón Corral y Compañía, la empresa pionera de refrigeración en Hermosillo. Servicio que hasta nuestros días, continúa ofreciendo la familia Corral.

Con el tiempo, don Ramón trenzó amistad con el Ing. Armando Benard Noriega. Don Ramón no recuerda el año, pero cree que fue a finales de los sesentas, cuando en el Hotel Kino instaló un gigantesco sistema de refrigeración de “15 caballos de fuerza con compresor abierto”. Don Ramón, apoyándose con simpáticos gestos afirma: “Era tan potente que se meneaba todo”, una peculiaridad de aquellos primeros y rudimentarios aparatos. Esto era un problema técnico que el “Güero” Benard no podía ignorar. Benard que ha sido siempre muy escrupuloso por ofrecer un servicio eficiente en el Hotel, se aplicó a resolver el problema de aquel aparato que sobre el techo, parecía un oso bailando polka.

Recorrió uno a uno los “yunkes” de Hermosillo, hasta que encontró unos resortes grandes, que colocó bajo una base de acero que mandó fabricar y en la que montó cuidadosamente el enorme aparato. El problema que amenazaba con interrumpir el descanso de los huéspedes y lesionar la estructura de los techos, fue solucionado al ejercer la virtud que posee el mexicano cuando de resolver un problema se trata: el ingenio.



Singular adaptación hecha al aparato de refrigeración del hotel por Armando “El Güero” Benard.

Don Ramón Corral, sostiene convencido que el “Güero” Benard, es un “Ciro Peraloca”. Aclaración: si usted tiene menos de cincuenta años, probablemente no conozca a ese personaje de Walt Disney, pero mire usted, si desea saber a lo que se refiere don Ramón, tiene dos opciones: preguntar a la gente que peina canas o bien, consultar en Google.

Una solución ingeniosa

El adobe en los muros del hotel, presentaban un inconveniente: aparecían continuamente filtraciones de humedad que provocaban que brotara el salitre y se afectaran el enjarre y los acabados, causando elevados costos de mantenimiento y una mala imagen para el hotel. El “Güero” Benard como era su costumbre buscó una solución práctica y la encontró: perforó agujeros en los muros de aproximadamente dos pulgadas, que permitieron que el adobe “respirara” y el problema se resolvió. Este procedimiento ingenioso ha sido un ejemplo práctico para las escuelas de ingeniería civil y arquitectura de Sonora, ya que continuamente, maestros y alumnos visitan el hotel para estudiar este procedimiento. Los atiende con la cortesía habitual de los colaboradores del Hotel Kino, el señor Vicente Bórquez Bravo, Jefe de Mantenimiento.



Perforaciones en las paredes de adobe, hechos por Armando Benard N. para evitar la humedad.



Don Ramón Corral con su amigo Armando Benard

Una pareja de hermosillenses



La gente suele decir no sin cierta ligereza: “Detrás de un gran hombre hay siempre una gran mujer”. Me parece una afirmación inexacta: ¿No les parece que la frase precisa debería ser: “Al lado de un gran hombre hay siempre una gran mujer?” En la secundaria nos enseñan en matemáticas que: “Un binomio es el resultado del desarrollo de la potencia de una suma”. De la misma manera, la vida nos ha enseñado que una pareja que comparte objetivos, ideales y sueños, genera en su entorno un ambiente de buena voluntad, al que se suman los hijos, así como un río de amistades. Ese es el caso de dos hermosillenses:

ella, Rosalba Jiménez Islas, él, Armando Benard Noriega, llamado por sus amigos “El Güero”, Rosalba es mejor conocida en Hermosillo como “Chavita” y ha sido pareja, amiga y esposa de Armando desde 1965, año en el que se casaron.

Las damas primero



Chavita vivía en Hermosillo con sus padres en la esquina de la Yáñez y Monterrey, al lado de la Escuela Leona Vicario. “Allí donde están los arcos”. En el Hermosillo de antaño, a ese barrio se le conoció como la “Chicharra”.

Acompañados de un café, Chavita recuerda sus primeros años en compañía de sus padres, don Nicolás Jiménez Pérez y doña Rosalba Islas Guirado. “El era un hombre muy cariñoso conmigo; acostumbrado a mezclar el trato cortés con el plano ejecutivo, pues era banquero”. Don Nicolás, chihuahuense de cuna, es recordado en Hermosillo como un hombre honesto a carta cabal, como era todo aquel que aspirara a mantener una posición destacada en la vida financiera de una comunidad. Don Nicolás fue Gerente del Banco Mercantil de Sonora y posteriormente del Banco del Pacífico.

De la madre de Chavita ella dice: “Mi madre era muy estricta, muy recta: nada de apapachos ni arrumacos”, cuenta Chavita, mientras remata convencida: “Así era ella...”.

La educación se da en la casa

Las citas y figuras retóricas que Chavita emplea continuamente, hablan de su educación. Y cuando digo educación, me refiero a aquella que se imparte en la propia casa; esto lo ilustra una frase un tanto destemplada pero a la vez reveladora, muy en boga en aquella época y que hoy parecería ser una divisa olvidada: “La educación se mama”.

De las amigas que se siembran en la infancia, Chavita evoca con cariño a Cecilia Tonella, Evangelina Figueroa, Rosa María Othón y Rosa María Suárez. Sus otros amigos fueron los li-

bro, en especial: “El tesoro de la juventud”, enciclopedia que heredó de su padre. Chavita, siendo niña se sentaba sobre la alfombra de su sala, para internarse en la lectura de sus 20 tomos que la iniciaron en la aventura del conocimiento universal.

Sus padres, estaban conscientes de que la instrucción académica de Chavita debía cimentarse sobre roca firme, por ello, sus primeras letras las aprendió en el Colegio Lux de Hermosillo. En la institución que fundó en 1920 la profesora y madre Julia Navarrete y Guerrero, cursó hasta el sexto de primaria. A la edad de doce años, sus padres la inscribieron en el Colegio Motolinía de la capital de la república. Institución católica, cuyo nombre honra al franciscano Fray Toribio Benavente, a quién por su admirable sencillez, los tlaxcaltecas llamaron “Motolinía”, que en lengua náhuatl significa “pobre”.

Después de la secundaria, Chavita continuó su preparación académica y fue así que partió a Belmont California a cursar High School en el exclusivo Colegio de Notre Dame. Años formativos, tiempos para vivir la experiencia de otra cultura. La filosofía pedagógica de Notre Dame se resume en una consigna pragmática a su profesorado: “Teach them what they need to know for life”.

Una segunda oportunidad para una primera impresión

Chavita estudió fuera de la ciudad, pero en vacaciones de verano regresaba a su tierra natal y fue así como en un baile, un joven estudiante de agronomía, le pidió una pieza para bailar. Chavita que no iba a acceder al primero que se le presentaba, le dijo abanicando la mano derecha: “No bailo, no bailo...” Al recordar esta anécdota Chavita ríe de buena gana, mientras el “Güero” Benard, al ser el afectado por el desdén, simplemente mueve la cabeza de un lado para el otro y sonríe.

“Armando era muy bueno para bailar; un chambelán muy solicitado en los bailes Blanco y Negro”. Chavita añade convencida: “El “Güerito”, cuando se propone algo lo logra, después de aquel baile, mostró un interés especial y buscó mi compañía, y fue así que después de tratarnos por meses, con la obligada “visita” en la sala familiar, nos hicimos novios”.

Es precisamente durante el noviazgo que Armando Benard compartió con su novia su gran pasión por la música: vieron en concierto a Pedro Vargas, “El tenor continental” quien interpretó magistralmente los boleros inmortales de Agustín Lara, su “Compadre del alma”; escucharon juntos el tema que

por años mantuvo un récord de ventas en los discos de 78 RPM, “María Bonita”; se deleitaron con el reclamo del enamorado con “Aquel amor”; y claro, no faltó en aquella velada la rúbrica de don Pedro: “Noche de ronda”. Quienes conocemos al “Güero”, conocemos su predilección por el hijo de San Miguel Allende. Esa noche Vargas en la plenitud de su carrera, cantó en el Casino “La muralla”, el viejo centro social de Hermosillo, que estaba ubicado en contra-esquina de lo que es hoy la Plaza Alonso Vidal; donde convergen el “Callejón del burro” y la que antiguamente se le conoció como la “Calle de la carrera”, porque, aseguran que por esa rúa el agua de lluvia corría alegremente.



Pedro Vargas “El tenor continental”

El origen de un hermosillense



Ing. Armando Benard Noriega

Armando Benard Noriega es un hermosillense de cepa. Su padre fue don Armando Benard López, un agricultor que se forjó en las arduas faenas de la siembra en la costa de Hermosillo. Su madre, doña Elvira Noriega García, una mujer ejemplar con un carácter afable, que contrastaba con el carácter recio de su marido, pero que sin embargo, al hacer una buena mancuerna, educaron a sus dos hijos, Armando y Roberto bajo la pauta de la honestidad.

Doña Elvira fue en su juventud una mujer muy guapa, tanto así, que fue reina de El Herald de México, en la década de los treintas.

Ante la pérdida de sus padres Chavita se acercó a doña Elvira, quien le abrió el corazón con el amor de una madre protectora: “Ella era una persona apacible, que te escuchaba atentamente y cuidando siempre las formas te orientaba”, afirma Chavita.

Doña Elvira Noriega de Benard, al igual que su hijo Armando, se ocupaba de los aspectos esenciales de la vida y, los actos triviales, simplemente pasaban a un segundo término, como nos lo cuenta el anecdotario familiar: “ En una ocasión en que nos preparábamos para salir a una fiesta, mi suegra dijo: “ No me tardo Chavita, ahorita me pongo el “flit” en el pelo y nos vamos: el spray doña Elvira.... el spray. Bueno, eso... eso mismo Chavita.” “ Doña Elvira - lo afirma su nuera - era una mujer muy ocurrente”.

Doña Elvira

Doña Elvira Noriega de Benard le compró a su madre el Hotel en el año de 1939. A su arribo, lo bautizó con el nombre que conserva después de 72 años: Hotel Kino. El nombre honra al gran misionero evangelizador de la Pimería Alta, el jesuita Eusebio Francisco Kino.

El hotel en aquella época era una hospedería realmente pequeña: tenía apenas 31 habitaciones, pero de aquellas de techos muy altos y dimensiones enormes donde hoy, quizás, cabrían dos habitaciones sencillas. ¿Estoy en lo cierto Güero?



Doña Elvira Noriega de Benard

En 1939 el mundo vivía pendiente de las noticias del viejo continente, pues Alemania con su “Guerra relámpago” invadía Polonia: era la señal maligna que presagiaba una nueva conflagración mundial. Y así fue. Por otro lado, en Sonora gobernaba el Ing. Ramón Ramos y el alcalde de Hermosillo y vecino de Villa de Seris, Hilario Olea Bourjac.

Doña Elvira fue una mujer emprendedora y visionaria que administró el hotel con una gran entrega, sin olvidar por ello la debida atención a su familia. Supervisaba hasta altas horas de la noche que todo en el hotel marchara correctamente, fue así que implementó una administración ordenada, además -para el confort de los clientes - introdujo los coolers y construyó un estacionamiento en la parte posterior del hotel.

La familia Benard conserva una simpática anécdota que pinta a doña Elvira de cuerpo entero: un cliente del restaurant le reclamó por el precio de un plato de carne, refiriéndole el costo menor con el que se vendía en el mercado. Doña Elvira le contestó cortésmente pero con firmeza: “Mire usted señor, en ningún restaurant le van a dar a ese precio el plato ya preparado, con su ensalada, su chile verde y además postre, a menos que pida el pedazo de carne y se lo coma crudo”. El cliente aceptó de buen talante esa lógica irrefutable. Doña Elvira con su fortaleza y su amorosa dedicación, construyó las bases sólidas que hoy sustentan a la familia Benard y al Hotel Suites Kino.



Doña Elvira Noriega de Benard y su hijo Armando Benard Noriega, recibiendo reconocimiento por tener el negocio con mayor antigüedad en el Estado, el día 17 de abril de 1986.



Dos niños viven en el Hotel Kino



Armando Benard Noriega

El “Güero” Benard, entonces un infante que frisaba los cuatro años fue testigo de la mudanza de su familia al Hotel Kino. Los Benard Noriega se instalaron en la habitación número 7, para después construir una vivienda en la parte posterior del edificio. Mientras su madre se dedicaba a administrar la hospedería, su padre atendía las propiedades agropecuarias de la familia: El Montecarlo, La Morena y Las Palmitas. El primero era un rancho ganadero con razas Cebú y Charolais y los otros dos, campos agrícolas donde se cultivaba trigo y algodón. Don Armando Benard López, que era conocido entre sus amistades con el mote del “Tacuache”, solía trabajar en la costa de lunes a viernes y regresaba a ver a su familia los fines de semana.

Armando Benard Noriega fue testigo a una temprana edad de todo lo que implicaba el movimiento del hotel Kino. Aprendió de su madre, que la administración y los servicios que provee un hotel, equivalen en alguna medida, a los servicios que se ofrecen en una ciudad: se ofrece abrigo y techo, agua, luz, teléfono, gas, limpieza, alimentación, etc.

Armando era un niño muy inquieto, correteaba por sus pasillos; se trepaba como felino por los techos; frente a la recepción, miraba azorado como llegaban al hotel los viajeros. Gente de todos los confines de México y del extranjero que llegaban por días, semanas y hasta meses, hasta convertirse en huéspedes habituales del hotel. Huéspedes que llegaron a ser tan familiares que sus nombres aún se recuerdan en el hotel.

Roberto Benard Noriega es 4 años menor que Armando, lo cual entre los niños es una diferencia considerable. Roberto es de tez morena clara y de figura espigada: “Sí, yo soy moreno, ¿Entonces porqué Armando es “güero”? Una sonrisa traviesa aparece en su rostro. “Debe ser porque como mis papás se casaron en Nogales, Arizona, pues allá lo planearon”. Roberto, igual que Armando creció entre los muros del Hotel Kino “Yo recuerdo que tendría dos o tres años, cuando mis papás al asistir a algún espectáculo al Teatro Noriega, me dejaban encargado con el recepcionista Roberto Baldenegro y ahí en uno de los sillones me dormían, hasta que mis papás regresaban de la velada”.



Los niños Armando y Roberto Benard Noriega, José Ma. Villa y el Sr. Roberto Baldenegro.

Roberto estudió la primaria entre la escuela Ignacia E. de Amante y el colegio Regis, donde su comportamiento irregular orilló al padre Javier de León a sugerir a los Benard Noriega, que lo inscribieran en la secundaria de la Universidad Militar Latinoamericana, en el Distrito Federal, donde tuvo como compañeros de banca al hermosillense Fortino León Almada y al zacatecano Sergio Romano Muñoz y Sandoval, ambos connotados periodistas. “Mi padre, a diferencia de mi madre, tenía un carácter muy fuerte. Le cuento: por la calle Serdán estaba la talabartería “El León”, donde mi padre compró una “cuarta” que utilizaba cada vez que nuestras travesuras colmaban su paciencia”. Eran los tiempos que con un “cintarazo” en salva sea la parte,

se arreglaba todo, o cuando menos, eso se pensaba. Roberto, como parte de la familia Noriega, tenía un pase para entrar a las funciones del Teatro Noriega que fundara a fines del siglo XIX don Fernando G. Noriega. La entrada estaba asegurada, pero el entonces niño, deseaba tener algo de dinero extra para comprar unos ricos tacos que vendían afuera del teatro. La solución se la dio el dueño del expendio de licor “La Palma”, negocio que estaba ubicado a un costado del Hotel Kino. Esta es la anécdota: “En la licorería vendían unas botellitas que se llenaban con aguardiente a la medida de lo que pagaban los “alcoholitos” que vivían alrededor del cerro de La Campana. Así que el dueño le decía: mira, fíjate bien, a uno le di licor para una cuadra, a otro para dos y, el más lejano, te aseguro que no pasa de El Imparcial y yo, me iba siguiendo esas pistas certeras y recogía una a una las botellitas, por las que me daba el dueño buenos centavos”.

Al llegar a su juventud, y después de pasar dos años en el pueblo de Safford Arizona, aprendiendo el inglés, Roberto se dedicó a auxiliar a su padre en las labores de los campos agrícolas.

La vocación es un llamado de Dios

Por las tardes y ante la mirada de su madre, el “Güero” hacía su tarea escolar. Cursó su primaria en el colegio Ignacia Echeverría de Amante, teniendo como maestra a la propia “Nachita”, como cariñosamente llamaban los alumnos a la inolvidable fundadora

de la institución educativa hermosillense. Estudió la secundaria y la preparatoria en la Universidad de Sonora en donde posteriormente, se graduó con buenas notas de la carrera de agronomía.



Credencial de la Universidad de Sonora

Por aquellos años, era una práctica común - aunque no por ello justificable - que los padres impusieran una profesión al hijo. Ese fue el caso del “Güero”, cuya vocación se inclinaba por la arquitectura. Sin embargo, una sólida preparación universitaria le dio las herramientas necesarias para enfrentarse a un reto de vida: administrar el Hotel Kino, cuya dirección tomó en el año de 1965. Armando Benard Noriega ha sido siempre un hombre ejecuti-

vo, acostumbrado a tomar decisiones: una de ellas fue sugerir a su madre, que aún vivía en el hotel, construir su casa. Doña Elvira aceptó de buen talante y edificó su residencia.

El Hotel Kino, bajo la dirección de Armando Benard N. enfrentó una serie de cambios como no se habían dado en las décadas pasadas. Uno de ellos radical: añadir un piso al edificio. Los dos pisos originales se convirtieron en tres. Pero: ¿Cómo lo hizo? Armando, con su vocación latente de arquitecto y constructor, insertó un entrepiso en el hotel. Es necesario señalar que esto fue posible gracias a dos hechos: los techos originales eran muy altos y el otro, el resultado de un rasgo que nadie puede ignorar: la terquedad del “Güero”.

La evolución del Hotel Kino

A lo largo de cuatro décadas, bajo la directriz de Armando Benard Noriega, el Hotel Kino estuvo sometido a un constante proceso de remodelación, renovación y crecimiento, cuidando al extremo el valor estético de la arquitectura del edificio. Amor y cuidado que los Benard siempre han tenido por un hotel que es una tradición familiar, orgullo en la costa del pacífico, y a la vez, un edificio histórico reconocido en el país.

Reconocimiento a Armando Benard Noriega por su trayectoria hotelera.



De izquierda a derecha: Sra. Rosalba Jiménez de Benard, Lic. Rosalba Benard Jiménez, Ing.Armando Benard Noriega, Lic. Martha Mada Fraire, Lic. Eduardo Lemmenmeyer G., C.P. Javier Tapia Camou y el Lic. Javier Gándara Magaña.

Había necesidad de crecer, de expandir los servicios del hotel. Fue así como el Ing. Benard, adquiere los predios frente al hotel y en ellos planeó construir un estacionamiento de tres niveles, que vendría a dar una mayor comodidad a los huéspedes. Armando recuerda las reacciones que generó ésta iniciativa entre sus conocidos: “Estás loco, esa estructura vale más que todo el hotel: los clientes se pueden estacionar en las calles”. Sin embargo, el “Güero” conocedor de la sabiduría de los dichos populares recordó uno de ellos: “A palabras necias, oídos de artillero”. Paulatinamente como se hacen las obras buenas y duraderas, construyó un estacionamiento de tres niveles. Al ser tildado de “loco” por un proyecto visionario, hay que recordar la frase de Sigmund Freud cuando asegura: “Un loco es un soñador despierto”. Esa es la condición de un profesional que tiene perfectamente trazada en su mente la visión del futuro de su empresa.

El Hotel Kino seguía creciendo. Por demanda de los huéspedes, Armando Benard Noriega adquirió la casona de la Sra. Ma. Julia Cubillas Gándara de Laborín, ubicada a un costado del hotel. Ahí se acondicionaron paulatinamente suites muy confortables y fue así como el nombre del hotel cambió por el de Hotel Suites Kino.

Surgió entonces la necesidad de conectar las suites y el estacionamiento, con el hotel. Por ello nació el proyecto de construir dos puentes. Aquí, el problema no fue ni el costo, ni el diseño de

los puentes, sino algo más intrincado y complejo: la burocracia. Después de los clásicos trámites de “tráigame un original y veinte copias”, “Mire usted Ingeniero, necesitamos la autorización del Sr. Godínez; ¿Podría usted regresar la semana que entra?” En fin, para que le siga, esa historia usted la conoce. Durante años, Armando Benard Noriega navegó en medio del oleaje de las múltiples dependencias, hasta que finalmente el proyecto se autorizó. Contra viento y marea una vez más, la tozudez se impuso: se construyeron los puentes.

Todas las decisiones que los Benard han tomado para el mejoramiento del Hotel Kino, han sido realizadas plantando los pies sobre la tierra y bajo una minuciosa planeación, lo que les permite avanzar como lo hacen las motoconformadoras: despacio... pero sin pausas.

Pasión por el Hotel



Puente que enlaza los dos edificios



Puente del hotel hacia el estacionamiento



Armando Benard Noriega es un profesional que según su esposa Chavita: “le entregó un 99.99 % de su vida al hotel”. Los domingos y los días de fiesta eran días laborables para el “Güero”, ya que el mismo sostenía: “El domingo trabajo muy tranquilo, muy a gusto, puedo sacar los pendientes de toda la semana, sin que nadie me interrumpa”. Los días que normalmente son de descanso, para el “Güero” eran días de trabajo. Un día normal para Armando consistía en levantarse a las 6:00 de la mañana, asearse, desayunar y partir al hotel. Regresar al mediodía, comer y eso sí: gozar de su siesta, que es una ley no escrita. “El sueño del guerrero” se respeta en la casa de los Benard Jiménez. Regresaba en la tarde al hotel

a continuar con sus labores y su hora de retorno al hogar era inexacta, pues como responsable de la administración de un hotel no se puede prever lo que puede acontecer. Chavita recuerda que hasta en la madrugada solía timbrar el teléfono: era algún empleado que le comunicaba a su jefe sobre alguna contingencia en el hotel. Armando acudía siempre personalmente para enfrentar el problema.

“El “Güero” fue un buen padre, en casa nunca nos faltó absolutamente nada”, señala Chavita y agrega: “¿Yo, sentir celos del hotel?, jamás, nunca, yo sabía, todos sabíamos en la familia que la dedicación de él por el hotel era pensando en nuestro bienestar”.

Chavita y Armando son dos personas inteligentes que han sabido ser buenos esposos, buenos padres, a pesar de los retos dolorosos que la vida les ha presentado y que son, ¿quién lo dudaría?, una prueba a la que se somete la templanza del ser humano, donde el amor es un catalizador y la fe, una esperanza que nunca expira.

Los amigos y la música

Armando Benard Noriega es de carácter reservado, si usted me apura un poco, le diré que es hasta cierto punto introvertido. Sin embargo, en la cercanía y confianza que concede la amistad, es bromista y muy amigüero. Armando formó parte de un club hermosillense que se llamó “Blue Moon”, el título

nos remite a un clásico de la música popular norteamericana, escrita en 1934 por Richard Rodgers y Lorenz Hart. Usted seguramente la recordará en la versión inolvidable de Frank Sinatra. Para entender lo que movía a este grupo de románticos empedernidos donde se encontraban entre otros Alejandro Pelayo y Abelardo Betancourt, le traduzco unas líneas del tema que escogieron para bautizar a su club:

Luna triste

“Luna triste, tú me viste de pie y solo, sin un sueño en mi corazón, sin un amor propio. Luna triste, tú sabías por qué estaba allí. Me oíste rezando por alguien por el que me podía preocupar... Y luego, de repente apareció ante mí la única que podía abrazar, y escuché a alguien susurrar: “Por favor ámame” y cuando miré, la luna se había vuelto dorada...”

Como dicen los marinos en alta mar: “¡Nada pescadito!”

Recordando este tema se comprende el amor de los miembros del club “Blue Moon”, por la música y rociada con los “aditivos” que seguramente los acompañaron en veladas dignas de almacenarse en la memoria.

Años después, se conformó un nuevo club, el “Glú Glú”: onomatopeya precisa en la que la duda se retira apenas al desván. En este club el “Güero” se unió con amigos inolvidables como Oscar “El Schappo” Romo, Carlos Gámez Fimbres, Vic-

tor Hurtado, Fernando Noriega, Arnoldo Moreno Camou, José de Jesús Sánchez, Alberto “Pequeco” Torres, Hector “Pollo” Reyes Salazar, Francisco Iñigo, Roberto Moreno Lugo, Manuel Agraz y Rodrigo Celaya. En el “Glú Glú” se forjó una amistad que perdura hasta la fecha, pues además las esposas se hicieron amigas, creando en el club una hermandad donde impera el cariño y el respeto.

El Lic. Carlos Gámez Fimbres es además de un querido amigo de la familia Benard Jiménez, es el abogado del Hotel Suites Kino; él nos informa que el nombre del hotel está protegido por una patente, por ello nadie más lo puede utilizar. Como miembro del “Glú Glú” gozó de veladas inolvidables. Soportó con estoico valor que el “Güero” no los dejara escuchar una canción completa. Alguna vez le dijo: “Únicamente falta que nos pongas ‘Blanca Navidad’ con las Hermanas Aguila”. El Güero no se amilanó, encontró el disco del dueto y lo puso.

El “Güero” y la música



Jorge Luis Borges, el enorme intelectual argentino, decía que el paraíso es lo más parecido a una buena biblioteca. Yo afirmo que lo más parecido a una sucursal del paraíso es una buena fonoteca. Armando Benard Noriega ha creado un recinto donde congrega a lo más excelso de las voces y sonidos musicales del siglo XX. Es un espacio mágico, una burbuja en medio de Hermosillo, donde el recuerdo se instala, donde el sentimiento se transparenta. Inmejorable compañía, muebles cómodos, excelente aparato de sonido, estupendas bocinas, un disco de don Pedro Vargas cantando “Alma mía” y... ¿qué más podrían pedir los sentidos?, bueno, sí, convengamos que falta algo: una copita de tequila reposado, bebida que el “Güero” invita y bebe con moderación, a menos que el ambiente dicte otra cosa.

Armando, con la serenidad del coleccionista ha formado con los años una fonoteca donde se encuentran cilindros de cera, rollos de pianola, discos de 78 y 33 RPM, así como una legión de discos compactos, todos ellos formaditos, esperando ser de los elegidos para salir a retozar. En su espacio se congregan también varios gramófonos, una rarísima caja de música y una pianola. Nada, pero nada se compara con la prodigiosa experiencia de escuchar un disco con su sonido original, así como lo escucharon nuestros abuelos: en un pasado que regresa para instalarse en el presente.

Una velada inolvidable

En la fonoteca de Armando se encuentran las grabaciones originales que el tenor Alfonso Ortiz Tirado, grabó en Buenos Aires acompañado por la Orquesta Radio Splendid, en una más de sus exitosas giras al cono sur. Grabaciones que en una velada inolvidable en casa de los Benard, fueron una agradable sorpresa para los tres hijos del famoso médico ortopedista: Alfonso, María Luisa y Carlos. Un coleccionista orgulloso se solaza en mostrar el objeto recolectado. Aquella noche, como un sacerdote en el acto litúrgico, Armando sacó una aguja de una cajita metálica, con precisión de cirujano la insertó en el brazo, le dio vuelta una y otra vez a la manivela: raza, raza, raza, desenfundó un disco y cuidadosamente dejó caer el brazo sobre la superficie azabache. Del gramófono brotó como

manantial la voz del Dr. Ortiz Tirado interpretando el himno de Yucatán: “Caminante del Mayab”. El sonido monaural y el “scratch”, le conferían a la grabación el mágico encanto de los años treinta.

Al finalizar el tema, el arquitecto Alfonso Ortiz Avilés le dio un abrazo fraternal al “Güero” Benard. No hubo necesidad de palabras: todo estaba dicho, un grupo de románticos nos reuníamos alrededor de la sensibilidad del más grande tenor que ha dado México. Testigos de aquella noche con los Benard fuimos el Arquitecto Oscar “Schappo” Romo, su colega, Enrique Flores López, el musicólogo Mario Arturo Ramos, los hijos de Ortiz Tirado, Armando Benard Jiménez y su esposa Rosa María, mi esposa Mayela Rodríguez Nuñez y el que esto teclea.



Nipper escuchando la voz de su amo

Un legado musical

El “Schappo” Romo, gran coleccionista de música, asegura apoyándose con gestos descriptivos: “Yo soy del mambo para acá y el “Güero”, del mambo... para allá”. En ocasiones especiales Armando Benard saca a relucir una joya grabada originalmente en cilindro de cera: el discurso de despedida de Porfirio Díaz momentos antes de partir rumbo al exilio en el vapor alemán Ypiranga. Permítame recrear esta escena de la historia: una multitud de veracruzanos escuchaban conmovidos la voz quebrada de un hombre de 81 años: “Guardo este recuerdo en lo más íntimo de mi corazón y no se apartará de él mientras viva...” Carmelita Romero Rubio de Díaz agitaba un pañuelo y una lágrima humedecía su mejilla. En el muelle un aristócrata de levita y chistera impostaba la voz: “México jamás será el mismo sin don Porfirio”. El buque se perdía en el horizonte el 31 de mayo de 1911: atrás quedaba un país que ensayaba sus primeros pasos por la democracia. Don Porfirio nunca regresó, sus restos descansan en el panteón parisino de Montparnasse al lado de Baudelaire. Mi padre, el maestro e historiador Francisco Becerra Maciel me decía que “Quien llega a tiempo a una cita es puntual, pero quien se despide a tiempo es elegante”. Porfirio Díaz arribó a tiempo al poder, pero se retiró tarde... muy tarde, forzado por una situación política insostenible. Porfirio Díaz se desfasó, no comprendió que México había cambiado y le llegó la factura.

Era tal su soberbia que calificó como lunático a quien le envió una carta el 2 de febrero de 1909: “Don Porfirio: ¿Será necesario que continúe el régimen de poder absoluto... o será más conveniente que se implemente el régimen democrático? Me he dedicado a estudiar profundamente ese problema... y he publicado un libro que he llamado “La sucesión presidencial de 1910”... del cual tengo la honra de remitirle un ejemplar”. Firmaba desde San Pedro de las Colonias, Coahuila, un tal Francisco I. Madero.

El poder omnímodo embriaga, la embriaguez nubla el entendimiento y le cierra la puerta a la razón. Díaz renunció a la presidencia y partió al destierro desconcertado, con un terrible dolor de muelas y una amargura que desgarraba su orgullo: “Ya se convencerán, por la dura experiencia, que la única manera de gobernar bien al país, es como yo lo hice”. La nación entera se enfrascaría en una guerra fratricida que arrancó la vida a un millón de mexicanos.

Pero, dejemos las despedidas nostálgicas y los recuerdos amargos y regresemos a la colección musical de Armando. Para darle a usted una idea de la dimensión de este excepcional acervo, hagamos un ejercicio de imaginación: si organizáramos un maratón musical y programáramos uno a uno los materiales día y noche, nos pasaríamos escuchando música durante un mes y medio. ¡Vaya banquete musical que nos daríamos!

Un coleccionista obsesivo

Corría el año de 1958. El “Güero” salía de su casa-hotel para dirigirse a la escuela de agricultura de la Universidad de Sonora. En el trayecto cruzaba por el Hotel San Alberto, donde transmitía la radio XEBH, estación pionera en Hermosillo, propiedad de don Luis Hoefffer Fierro. Por aquellos años los programas radiales se grababan en la ciudad de México en grandes discos metálicos, los mismos que eran desechados por la estación después de su transmisión. El “Güero” con la perseverancia de un cazador recogía diariamente uno a uno esos discos, los limpiaba con cuidado y los sumaba a su colección. Cuenta José Ángel Calderón Trujillo - la voz más culta de Radio Sonora y amigo del “Güero”- que las estaciones radiales de aquellos años eran empresas muy modestas. Tanto así que carecían hasta de reloj, así que cuando los locutores debían dar la hora, le calculaban y decían: “Son las ocho y..., (en ese momento fingían un corte de dos segundos) y minutos”. De esa manera no le erraban, relata divertido Pepe Calderón y añade: “Decían que durante las transmisiones se escuchaba a lo lejos el canto de un gallo, pero eso no me consta”.

Durante muchos años, Armando Benard Noriega invitó per-

sonalmente a diferentes grupos de huéspedes del Hotel Kino, para convivir y escuchar música en su estudio. Las veladas eran acompañadas con queso, pan y tequila, pero no duraban mucho, pues, como lo recuerdan los huéspedes, antes de las once de la noche Armando decía: “Bien muchachitos, por hoy es todo, mañana hay que trabajar”.

El “Güero” es desprendido, tiene la amable costumbre de compartir su colección musical: graba cds a todo aquel que se lo pide con cortesía. Armando Benard Noriega es una persona noble, comprensiva y generosa. En todos los órdenes de su vida, se rige bajo la filosofía poética que trazó José Martí en el siglo XIX:

*Cultivo una rosa blanca
en julio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca
Pero para el cruel que
me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo...
cultivo una rosa blanca.*

Alguna vez, un intelectual cuyo nombre me reservo por cortesía, al ser invitado por una tercera persona, a conocer la colección musical del “Güero”, se comportó con la petulancia

del que se siente bordado a mano por un manco. Aquel ser revisaba el estudio con el mentón alzado y una ceja arqueada. En determinado momento sentenció con voz engolada: “He conocido colecciones mejores”. El “Güero” se levantó con parsimonia de su asiento, se dirigió a su tornamesa, guardó el disco en su funda y apagó el amplificador. Se plantó frente al impertinente y su acompañante, cruzó los brazos y sin perder la sonrisa sentenció: “Muy buenas noches tengan ustedes, la velada ha terminado”. Tenía razón el cubano: “cardo ni ortiga cultivo...”.

En la colección de Armando no solo hay una gigantesca cantidad, sino también una extraordinaria calidad, compuesta por grabaciones rarísimas, únicas en su género. El valor de la colección Benard radica precisamente en su unidad. Esta colección deberá mantenerse como tal; deberá ser en su momento, el gran legado de Armando Benard Noriega a la historia musical de nuestro país, para orgullo de los sonorenses.

Esta colección patentiza el amor de un hombre por la música: el arte mayor, aquel que domina a las fieras, aquel que embelena a los enamorados, aquel que ahuyenta a la soledad.

¡Salud Güero, salud por tu música! ¿Qué te parece si mejor guardamos silencio y dejamos que Toña “La Negra” nos cante quedito al oído, Oración Caribe?

El Regente de Hierro en el Hotel Kino

A lo largo de su historia el Hotel Kino ha tenido miles de huéspedes, algunos de ellos se arrinconan en la penumbra del anonimato, pero hay otros que brillan con la luz de los astros. Es el caso de Ernesto P. Uruchurtu, personaje adusto, áspero, que navegó por la política mexicana con acrisolada honradez.

La “P” que antecedió al Uruchurtu correspondía a Peralta, el apellido de su madre. Esta es una costumbre norteamericana que fue imitada por las familias mexicanas, hasta las primeras décadas del siglo XX. Hermosillense, hijo de hermosillenses, Ernesto nació el 28 de febrero de 1906. Fue el sexto hijo de 9 hermanos y hermanas, producto del matrimonio conformado por Gustavo Adolfo Uruchurtu Ramírez y María Luisa Regina Peralta Arvizu.

Su hermano mayor Gustavo Adolfo, fue el médico personal del Gral. Álvaro Obregón Salido, y posteriormente Diputado Federal y Senador de la República. Su tío, Manuel Uruchurtu Ramírez, fue un destacado abogado porfirista que pasó a la

historia por un acto de valentía sin igual. En 1912, después de visitar en París a don Porfirio Díaz Mori y a su amigo Ramón Corral Verdugo, abordó jubiloso el trasatlántico Titanic en su viaje inaugural, junto con 2199 pasajeros. Al sobrevenir el desastre, y al grito de “Mujeres y niños primero”, cedió su lugar en el bote salvavidas a la neoyorkina Elizabeth Ramel Nye. Aquella acción de caballerosidad y heroísmo le costó la vida. Ernesto P. Uruchurtu es un caso único en la política mexicana: fue el Jefe del Departamento del Distrito Federal a lo largo de tres períodos presidenciales; lo llevó a esa posición don Adolfo Ruíz Cortines y lo ratificó Adolfo López Mateos.

Ernesto P. Uruchurtu, era un hombre sumamente culto que devoraba los textos, pues se aseguraba que leía en promedio dos libros por semana. Por ello no es de extrañar que durante su mandato, se construyeran magnos recintos museográficos como el Museo Nacional de Antropología e Historia y el Museo de Arte Moderno.

A lo largo de 14 años transformó a la ciudad de México y por su tozudez fue bautizado como “El Regente de Hierro”. Una de sus acciones polémicas, fue el colocar un candado a la vida nocturna capitalina al limitar el horario de cientos de cabarés. El escritor Rafael Pérez Gay en su estupenda novela “Nos acompañan los muertos”, asegura que Uruchurtu: “Confinó la prostitución a los límites de la clandestinidad con una extraña obsesión por la decencia”. Eran otros tiempos, era otro

México, como lo asegura con tintes de nostalgia y una prosa clara, el senador sonorenses Manlio Fabio Beltrones Rivera: “Había una vez una ciudad alegre, limpia, arbolada, sin ambulante, delincuencia ni embotellamientos. El gobierno de aquella época se caracterizaba por su firmeza en la aplicación de la ley, no robaba ni dejaba robar. Y la increíble urbe no estaba en el país de las maravillas, sino en el espacio que hoy ocupa la ciudad de México”.

Ernesto P. Uruchurtu nunca olvidó a su tierra natal, en sus visitas y por décadas, se hospedó en el Hotel Kino, en donde su presencia austera, pero a la vez afectuosa, se convirtió en una constante, a lo que se acostumbraron los Benard y los colaboradores del hotel. Pero usted se preguntará por qué llegaba a un hotel teniendo parientes en la capital de Sonora. La respuesta la ofrece su sobrino Alejandro Gárate Uruchurtu: “Mi tío era una persona muy especial, no le gustaba molestar pero tampoco que lo molestaran”. Por ello durante su estancia en Hermosillo, visitaba a todos sus familiares, salía a comer con sus amigos, pero había en todo ello una ley no escrita: Había que dejarlo puntualmente de regreso en el portal del Hotel Kino, ni un paso más allá. La recia personalidad de Uruchurtu era respetada por todos, bueno, casi por todos, con excepción de Jesús Martínez “Palillo”, quien noche a noche en sus espectáculos carperos, hundía una daga toledana en el orgullo del regente, al criticar su desmesurada afición a sembrar flores por toda la capital: “No sabía donde había sido sepultada su

madre”. ¡Vaya crítica tan brava la del cómico! Uruchurtu no lo censuró, sin embargo, no debemos olvidar que “El humorismo es cosa seria”, como bien lo dijera Charlie Chaplin.

Un niño hermosillense en los 60's



Fernando López Moreno con su madre
Ofelia Moreno de López

La memoria de un niño es un lienzo en blanco, donde paulatinamente se empieza a delinear el recuerdo. Es el caso de las reminiscencias de Fernando López Moreno, un niño Hermosil-

lense de los sesentas, que es hoy un prestigiado artista plástico. A la tierna edad de 8 años, Fernando era alumno del Colegio de Sonora, José Lafontaine, institución educativa fundada en 1889 por el entonces gobernador de Sonora, don Ramón Corral Verdugo. Mientras Fernando jugaba en el patio escolar, observaba más allá de la barda dos edificios, el Hospital de la Cuarta Zona militar y una construcción para él muy familiar, el Hotel Kino.

Fernando vivía con sus padres don Fernando M. López y la Sra. Ofelia Moreno Valenzuela en la calle Serdán No.84 poniente, en pleno corazón comercial de la ciudad; precisamente al lado de la Botica del Pueblo y frente a Morales Hermanos, donde hoy se ubica la farmacia Benavides. En 1960, Hermosillo era una capital apacible con apenas cien mil habitantes, cuyo alcalde era don César A. Gándara Laborín, un político carismático y muy popular, que administraba la ciudad con gran honradez. Por aquellos años, la familia López Moreno, como muchas otras familias hermosillenses, sacaban las sillas a la puerta de su casa, y tranquilamente pasaban la tarde charlando con los vecinos. Otra de las amables costumbres de la familia López Moreno, era la comida dominical. Don Fernando M. López, un hombre forjado en la vida ordenada, pedía a sus hijos que se asearan y se vistieran con propiedad.

Los jóvenes esposos subían a su Dodge 57 a Fernandito, a su hermano Alfredo y a su pequeña hermana Ofelia y enfilaban por la calle Serdán, hasta llegar a estacionarse frente al Hotel Kino.

“Aquella trayectoria me parecía muy larga”, relata convencido Fernando, sin embargo la realidad era que recorrían solamente nueve cuadras. En aquella ciudad con sabor provinciano todo quedaba cerca.

El restaurant del hotel que entonces se encontraba en el segundo piso, tenía un comedor amplio donde la familia López Moreno convivía con las familias hermosillenses, entre ellas sus compadres Eduardo “Güero” Moreno y su esposa la Sra. Carmelita Durazo. Sí, aunque usted le parezca extraño, en Hermosillo hemos tenido “güeros morenos”.

Aquellos comensales, seguramente comentaban en la sobremesa los sucesos en boga, como la muerte de Clark Gable, el famoso actor de “Lo que el viento se llevó”, que por supuesto, no pasó inadvertida. Charlaban alegremente sobre un evento que ocupaba la atención del mundo, los XVII Juegos Olímpicos de Roma: los primeros juegos que se transmitieron en vivo por televisión, y donde el maratonista etíope Abebe Bikila, corrió descalzo y con un tranco impresionante obtuvo la presea de oro. En el boxeo olímpico empezaba a brillar un joven tan rápido con los puños como con la lengua, que respondía al nombre de Cassius Clay.

Los deportistas mexicanos no alcanzaron ninguna medalla, sin embargo, ganaron una “experiencia aleccionadora”: cono-

cieron el Tiber, admiraron los frescos en la Capilla Sixtina y lanzaron tres monedas en la fuente de Trevi, con el deseo de algún día retornar a la Ciudad Eterna.

En el menú del Hotel Kino había una rica comida casera, pero para el niño Fernando, eso pasaba a un segundo término, lo único que deseaba era saborear la nieve de vainilla: “No he vuelto a comer una nieve tan rica como aquella”. Los recuerdos agradables de la infancia son así, se magnifican con los años, hasta colocarlos en un nicho inalcanzable; en cambio los recuerdos desagradables, esos se arrojan con desdén a los terrenos del olvido.

En un típico verano hermosillense, mientras afuera la temperatura hervía, adentro del hotel el ambiente era confortable.

El Hotel Kino, al igual que las edificaciones sonorenses de la época porfirista está construido con adobe y recubrimientos de piedra y cal: una inteligente respuesta constructiva al riguroso clima norteño. Esto permite que el hotel sea fresco durante el verano y confortable en el invierno. Los muros anchos del hotel, con sus techos altos, su patio interior con sus árboles y plantas, generan un agradable microclima para el confort de los huéspedes. Aunque hoy se cuenta con un eficiente sistema de refrigeración, que cubre todas las áreas de hotel, cuando la familia López Moreno visitaba el restaurant se utilizaban solamente los ventiladores de techo.

Los viajeros son noticia

La experiencia de vivir y administrar un hotel suele ser un proceso formativo, sumamente enriquecedor, pues el viajero y me arriesgo a la redundancia: viaja con sus costumbres, acarrea y comparte una nueva información; en el caso del agente viajero trae de tierras lejanas, novedosos productos y servicios a una comunidad. El viajero es, siempre, una caja de sorpresas y un hotel, su residencia temporal. Por aquellos años los viajeros eran motivo de la atención de los diarios, es así como el periódico El Imparcial, Diario Independiente de Sonora, publicaba en su sección Notas diversas, en 1939, ésta nota: “Se encuentran hospedados en el Hotel Kino, el Sr. G. Pérez Barrera de Tehuacán, Puebla; El Sr. A. Villarreal, procedente del puerto de Guaymas; el Sr. Carlos E. Molling, persona ampliamente conocida, procedente de Tucson, Ariz; el señor Salvador Landavazo, procedente de Santa Ana, Sonora; el Sr. Ing. J. Robles Gil, de la ciudad fronteriza de Nogales, Sonora; T. Sawyer de la ciudad de Glendale, Calif., señor Antonio L. Márquez, de Magdalena, Son.; y el señor Francisco J. Martí de Santa Ana, Sonora”.

El acto de viajar ha tenido siempre tintes de aventura, es

por ello que el novelista argentino Ricardo Güiraldes asegura: “Viajar es asimilar horizontes, huir de lo viejo, desprenderse de lo conocido; viajar es tener alma de proa”. Alguna vez, mientras recorriamos las habitaciones Armando Benard Noriega me confió: “En un hotel pasa de todo... de todo y los hoteleros debemos estar preparados para enfrentarlo”.



Día del Viajero en los años 80's



Día del Viajero, año 2009

Un huésped fiel desde 1977



Dicen y dicen bien que “no hay una segunda oportunidad para una primera impresión”. Antonio Rubio González es un profesional de las ventas; cuando llegó a Hermosillo en los setentas conoció otros hoteles y dice con sencillez: “No me acomodé”, y decidió hospedarse en el Hotel Kino. ¿Qué le hizo preferir este hotel? - le pregunto - medita unos segundos y me dice “Fueron varias cosas las que me agradaron, primero el trato personalizado que nos dan; algo que me agradó fue la cortesía de los colaboradores, además de la ubicación del hotel, ya que todo me queda cerca, pero, sobre todo, lo más importante para mí es que con los años, los Benard se han convertido en

mis amigos; ellos están siempre al pendiente del huésped”. El Sr. Rubio se lleva su dedo índice al ojo derecho y enfatiza el refrán: “Al ojo del amo engorda el caballo”. “Algo que también nos gustó mucho a mí y a mis empleados es que es un hotel familiar y eso, nos da la confianza para traer a nuestras esposas”. Un agente viajero como el Sr. Rubio a lo largo de sus rutas, convierte a los hoteles en sus residencias temporales, por ello suele tener estancias anuales de 3 a 4 semanas en el Hotel Kino.

El Sr. Antonio Rubio es el gerente de zona noroeste del Grupo Piesa, compañía que distribuye publicaciones de información exclusiva, con sede en Guadalajara. La empresa distribuye revistas especializadas como Newsweek, Architectural Digest, Notas Fiscales, Entrepreneur y revista Visión. Esta última, por cierto, competencia de la famosa revista Life, publicación que se posicionó durante décadas, como una revista líder en el mercado editorial con tirajes millonarios en inglés y en español. La revista Life abrigó a lo más granado de los fotógrafos del mundo, como Robert Capa, valeroso hombre de la lente que fotografió el desembarco en Normandía en el día “D”; o Alfred Eisenstaedt artista que con su cámara Leica M3 35 mm, tomó fotos inolvidables de líderes mundiales como Churchill y Mussolini y quizá, la más famosa: la foto “V-J day” (Día de la victoria sobre Japón, 14 de agosto del 45) en la que un marinero besa apasionadamente a una enfermera en pleno Times Square; imagen que simbolizó la alegría ante el fin de

la II Guerra. Mundial, y que hoy se conserva como una joya en el Museo Getty de los Angeles, California.

La información que se manejó por años ante la desaparición de Life, fue el grave desajuste financiero ante la pérdida de anunciantes corporativos que por años los acompañaron. Pero, según Antonio Rubio, un profesional del mundo editorial, lo que en realidad hundió a la revista Life fue un extenso reportaje que publicó sobre las diferentes cuentas millonarias que por aquellos años el Estado Vaticano mantenía en los bancos suizos. ¡Las cosas que uno se enteró en un hotel! Me despido del Sr. Rubio, un cliente que se ha mantenido fiel al Hotel Kino a lo largo de 37 años. Por algo será.

El fantasma de la habitación 238



Reconozco que soy un escéptico ante los fenómenos sobrenaturales; bueno, al menos así lo creía, antes de conocer la historia que rodea a la habitación 238 del Hotel Suites Kino.

Iniciemos con los antecedentes, que es por donde se debe empezar. Le pedí a los Benard hospedarme en el hotel, para rela-

tar con mayor fidelidad el ambiente que envuelve al hotel centenario. Con la gentileza que los caracteriza, me alojaron en la suite 511, una confortable habitación que invita al descanso. Al llegar la noche y después de ver el noticiero de López Dóriga, y leer brevemente un libro, me dormí placenteramente. Por la mañana tenía programada una entrevista con la señora Guadalupe López Preciado, camarista que laboró en el hotel durante 23 años y que hoy disfruta de una merecida pensión. Ella cuenta una historia insólita que inicia con una frase escalofriante: “Durante años conviví con un fantasma en la habitación 238.” Acariciando delicadamente su brazo me confiesa “Cuando recuerdo todo aquello se me pone la piel “chinita”.

El día anterior, don Antonio Fontes me platicó que en la 238 se suicidó un hombre de nacionalidad egipcia en 1982; se especuló que tomó esa funesta decisión ante el rechazo de una joven de Esperanza, Sonora, de la que estaba perdidamente enamorado. El desprecio amoroso fue para el egipcio un acto humillante que lo sumergió en una depresión que lo orilló a accionar el gatillo.

Al tiempo que sosteníamos la plática en una mesa del Restaurant del Pitic, empecé a sentir un profundo cansancio. Ordené un café negro para reanimarme y le pedí a Guadalupe que continuáramos la charla en el cuarto 238. Entrevista “in situ”, como dicen los versados. En el trayecto, ella saludaba con familiaridad a sus antiguas compañeras. Arribamos a la 238. Me

encontré con una amplia habitación triple, pulcra, con sus tres camas alineadas frente del baño, y a su lado derecho un closet. Digamos que aquella era una habitación normal, o al menos, eso es lo que creí.

Algunos suavizan el término suicidio, con el eufemismo de “muerte voluntaria”. El suicidio es uno de las principales causas de mortalidad en el mundo. Según datos de la ONU, se suicidan anualmente un millón de personas, uno cada 40 segundos. El escritor español Javier Cercas, por su lado, sostiene que un suicida “deja tras de su acto un sinfín de dudas”. ¿Qué pensamientos cruzan por la mente de un suicida? Imposible saberlo. Morir por amor, es un acto poético como el del vate Manuel Acuña, quien ante el menosprecio de la arrogante saltillense Rosario de la Peña, decidió arrancarse la vida ingiriendo cianuro. En el famoso poema “Nocturno a Rosario”, se adivinaba el desenlace, es pues un poema fatal:

*Yo quiero que tú sepas
que ya hace muchos días
estoy enfermo y pálido
de tanto no dormir;
que ya se han muerto todas
las esperanzas mías;
que están mis noches negras,
tan negras y sombrías
que ya no sé ni dónde*

*se alzaba el porvenir.
¡Que hermoso hubiera sido
vivir bajo aquel techo.
Los dos unidos siempre
y amándonos los dos;
tú siempre enamorada,
yo siempre satisfecho,
los dos, un alma sola,
los dos, un solo pecho,
y en medio de nosotros
mi madre como un Dios!
(Sic: además de suicida, Edipo)*

Guadalupe continúa con su relato: “Mire usted - me dice mientras me mostraba el baño - yo limpiaba el espejo del lavabo como lo hacía cotidianamente, cuando inesperadamente vi reflejado en el espejo la imagen de un hombre que cruzó al lado derecho de la habitación, como si se dirigiera al closet. Por disposición del hotel, cuando algún huésped entra a la habitación mientras nosotras hacemos el aseo, debemos salir del cuarto. Terminé rápidamente de limpiar el espejo, para descubrir con asombro que la habitación estaba vacía y con la puerta cerrada. Un temblor incontrolable me invadió y salí inmediatamente de la habitación para avisar a la administración”.

Yo seguía atentamente la historia, pero los párpados se me cerraban de manera incontrolable, como si los jalaran unos pesa-

dos plomos. Guadalupe continuó su relato: “Ante lo que me pasó, yo quería que me cambiaran a un ala diferente del hotel, pero como tengo un problema en la cadera no puedo subir escaleras, así que ahí continué”. Asegura con una sonrisa, “Uno se acostumbra a todo, menos a no comer, así que me armé de valor y regresé a mi trabajo. A partir de ese día, al asear la 238, encendía la televisión, violando las reglas del hotel, pero lo que yo deseaba era sentirme un poco acompañada, protegida; bueno pues, mire usted - me dijo haciendo la señal de la cruz con los dedos - por ésta que no le miento: la televisión se apagaba y prendía cuando menos lo esperaba; lo mismo pasaba con las luces. Así fue durante varios años hasta que finalmente me acostumbré y perdí el miedo. Nunca más volví a ver a ese fantasma, pero eso sí, siempre sentí su presencia”.

Terminé la entrevista con la señora Guadalupe a las 11 de la mañana y me dirigí pesadamente a mi habitación. Contra mi costumbre, tan pronto me recosté en la cama, me quedé profundamente dormido. Mi esposa Mayela llegó a las 4 de la tarde para regresar al hogar. Durante el trayecto me recliné en el asiento del carro y me volví a dormir; llegué a mi casa, caí nuevamente en cama y me desperté sumamente cansado alrededor de las 10 de la noche. Sin sentir ningún malestar físico, durante el día dormí ¡11 horas seguidas! Algo que jamás me había sucedido. Me pregunto si existirá alguna relación entre la historia que escuché, mi estancia en la habitación 238 y el incontrolable sueño que experimenté; espero que alguien me lo explique,

porque toda aquella experiencia rebasa mi entendimiento. La habitación 238 del Hotel Suites Kino tiene tres dígitos, que sumados dan como resultado el número 13. ¿Coincidencia cabalística? Se lo dejo a su juicio. Yo prefiero refugiarme en el verso de León Felipe: “Digo tan solo lo que he visto”.

Los XV años de la Sra. Guadalupe López

Alguna vez Guadalupe le contó a sus compañeras del hotel que ella no había tenido una fiesta de XV años, celebración que ilusiona a toda jovencita y que Guadalupe vivía añorando. El comentario llegó a oídos del “Güero” Benard, quien calmadamente empezó a organizar la fiesta de 15 años. Le confeccionaron su vestido, así como el de las damas de compañía, que fueron sus propias amigas camaristas, hubo pastel y bocadillos y, algo que el bromista del “Güero” no podía pasar: le mandó confeccionar con una tela blanca un disfraz del fantasma del 238, con el que todos jugaron y la fiesta se tornó en una divertida reunión. Esta celebración fue para Guadalupe un sueño largamente anhelado, que se hizo realidad, gracias a la bonhomía y sensibilidad de Armando Benard Noriega. La enseñanza parece que es clara: un jefe que se preocupa sinceramente por el bienestar de su empleado, obtiene no solo su agradecimiento, sino además su fidelidad.

La lealtad es un camino de dos vías

En el Hotel Kino se respira un ambiente de respeto y dedicación al trabajo; esta filosofía empresarial ha permitido conservar la lealtad de los colaboradores hacia el hotel. En el hotel la rotación del personal es muy baja.

Dice William Shakespeare que “La lealtad tiene un corazón tranquilo”. Ese es el caso de don Antonio Fontes Montaña, un sonorenses originario de Esperanza, Sonora, quien con sus 83 años atesora solamente buenos recuerdos de los Benard, quienes, a su vez, lo consideran como un miembro más de la familia.

Platico con él, acompañado de un aromático café. En 1963 se inició como recepcionista del hotel, contratado por doña Elvira Noriega de Benard, con un salario de 26 pesos diarios y “era un buen sueldo”, recuerda con optimismo don Antonio.

“Cuando entré al hotel, todavía teníamos los cuartos grandes.

Por el segundo piso se escuchaba el peculiar sonido de quien camina sobre madera”.

Me cuenta don Antonio que el hotel siempre ha ofrecido a los viajeros un ambiente familiar, y los Benard y sus colaboradores se han esmerado en cuidar esa característica, por lo que previniendo problemas, se decidió cerrar un bar que por un tiempo operó en donde hoy se encuentra el restaurant del Pitic.

Le pido que me platique alguna anécdota sobre su experiencia de 36 años de laborar en el hotel. Pero, para entender cabalmente el término “experiencia”, hagamos un sencillo ejercicio matemático: durante 36 años, don Antonio le dedicó al trabajo 11, 232 días, lo que en horas se traduce en 91,832 horas laboradas. Experiencia... hay.

Con la singular mirada bondadosa que posee la gente que ha vivido con rectitud, me cuenta: “Mire usted, trabajando en un hotel se viven muchas cosas, algunas un tanto difíciles. A mí me tocaron tres “muertitos”, pero recuerdo uno en especial: era un agente viajero cuyo negocio era vender laminillas de oro para los dentistas. Aquel hombre falleció, y junto a la cama encontramos un maletín lleno de aquellos valiosos materiales. El maletín lo resguardamos en la administración y en su momento, se lo entregamos a los familiares del huésped”. Al escuchar la anécdota, reflexioné en el profesionalismo que los Benard han compartido con sus colaboradores: un profe-

sionalismo que se aprende con acciones honestas como la que vivió don Antonio. El Sr. Fontes fue un hombre responsable que fue ascendiendo a diferentes posiciones dentro del Hotel Kino, hasta llegar a ser el Pagador General, posición con la que arribó a su jubilación. Don Antonio y su esposa Refugio Vásquez de Fontes, conformaron una familia honorable, acompañados por sus hijos Gabriel, Marta, María, Concepción, Lupina y Alma Rosa, quien por cierto es esposa y madre de los reconocidos comunicadores sonorenses Hilario Olea Ruíz e Hilario Olea Fontes.

Escuchando a personas con la calidad humana de don Antonio, confirmó que los Benard con el apoyo de su personal, hacen realidad la frase publicitaria que distingue a la empresa: “Hotel Suites Kino, su casa en Hermosillo”.



Lic. Armando Benard Jiménez con don Antonio Fontes M.

Una ejecutiva responsable



Sra. María del Socorro Córdoba Robles

María del Socorro Córdoba Robles es una joven señora que ha hecho de la lealtad una amable costumbre: han transcurrido 27 años de una gran dedicación y entrega al Hotel Kino. Ella es originaria de Bacanora, Sonora. Llegó a Hermosillo en 1972. La superación ha sido en ella una constante. Su primer trabajo fue como encargada de la zapatería de la Tienda “La Cosalteca”, donde laboró con don Gustavo Mazón López. Con los Mazón tuvo sus primeras experiencias laborales y vivió con ellos momentos felices y otros no tanto, como fue el incendio de la tienda. Aunque estaba contenta con su trabajo, asegura: “Yo deseaba darle un giro a mi vida”. Así que por recomen-

dación de su hermana Alicia, se entrevistó con Armando Benard Noriega para solicitarle trabajo.

“Cuando se enteró la familia Mazón de mi salida, intentaron retenerme, aumentándome el sueldo, pero, aunque me sentí halagada - debo reconocerlo - ya había tomado la decisión”.

Por aquellos años no era bien visto que una mujer trabajara en un hotel. Superando ese prejuicio, María del Socorro se convirtió en asistente del “Güero” Benard.

Ella cumplía las funciones de un comodín en la empresa, hacía un poco de todo, llevaba los recursos humanos, además de encargarse de otros aspectos administrativos. A ella le tocó acompañar a Armando Benard N. en su peregrinar por las dependencias en busca de la autorización de la construcción de los puentes del hotel. Nos confiesa con orgullo que su jefe cuidaba mucho a su personal, especialmente a las mujeres: “No permitía que nos quedáramos un minuto más después de nuestra salida, y cuando salíamos tarde, siempre nos ponía un chofer para llevarnos a nuestras casas”. Esbozando una sonrisa relata: “Una mañana llegó la Sra. Chavita de Benard con su hija, una niña rubia con el pelo casi blanco y rizado. La llevó para que aprendiera conmigo el manejo del hotel. Me acuerdo que la niña se quedó en la puerta, desde allí me veía con timidez. El primer día le enseñé a archivar”. Esa niña de tan solo doce años creció y aprendió; aprendió bien, desde

abajo, como se forman los buenos ejecutivos.

María del Socorro admira al “Güero” Benard, por ser sumamente bondadoso con sus colaboradores: “No había un mes que no le regalara algo a algún compañero”. De él todos los trabajadores aprendieron con el ejemplo; sabía hacer de todo. “Una vez lo vi tomar la aguja y el hilo y enseñar a una camarista a coser las cortinas de una habitación”. Recuerda también que enseñó a pintar a Ramón Francisco Mendoza, quien ingresó al hotel siendo un jovencito de 14 años. Al pintor del hotel todos lo conocen como el “Piolín”.

María del Socorro nos cuenta que cuando ella llegó al hotel en la década de los ochentas, el 70 % de los huéspedes eran agentes viajeros, es por ello que por un tiempo el hotel adoptó como símbolo a un correccaminos. Los agentes viajeros siguen prefiriendo el Hotel Suites Kino, pero debido al crecimiento del hotel, hoy sus huéspedes son de lo más variado.

Le pido que me platique alguna anécdota que le haya tocado vivir en el hotel. Sonríe y me cuenta: “Ya me había tocado ser testigo de un incendio, por eso cuando nos dijeron que se estaba quemando una de las calderas, una compañera y yo, agarramos los extinguidores de la oficina y nos fuimos a ayudar”. Todo era movimiento en el Hotel. “¡Pero muchachas que andan haciendo ustedes aquí! - les gritó el “Güero”- “¡Con esos aparatos se apaga la quema de unos folders, no esto. Háganse

a un lado, porque hay vienen los bomberos!”

María del Socorro ha escalado uno a uno diferentes posiciones hasta el que hoy ostenta en el departamento de administración. Esto es el resultado de cumplir profesionalmente con su trabajo. Efectivamente, ella es una persona responsable, buena madre, buena esposa y buena ejecutiva. No debemos nunca olvidar que el responsable es el que responde. María del Socorro ha respondido siempre y la familia Benard eso, no lo olvida.

Muchacho italiano viene a casarse



Saro Restivo

Hay simpáticos naturales. Hermosillo conoció a uno en los setentas. Su nombre Rosario Restivo Tomacello, mejor conocido por todos como Saro. Mire usted, si los italianos son simpáticos, lo son aún más los sicilianos, pues además de simpáticos, son pícaros.

Su sonrisa y calidez son las de siempre, aunque ahora, su piel adoptó el tono bronceado de quien vive frente al mar. Pantalón recién planchado. Bien fajado. Zapatos cómodos. Una camiseta azul rey y a su izquierda - que es la del corazón - la bandera de Italia y al calce: Hotel Saro, Bahía de Kino.

“Saro: ¿Cómo es que llegaste a Sonora?”. “Bueno - se abre de brazos- conocí a una mexicana en Roma y me casé con ella”. Permanece unos segundos en silencio, respira hondo como activando el recuerdo. Sin que medie nada más que la intuición, lo dejo hablar. “Soy de Palermo, la capital de Sicilia, soy pues: Paaaa-leer-miiii-taaa-no”. Frasea lentamente el gentilicio con intenciones casi pedagógicas.

Saro en Italia

Saro adquirió una vasta experiencia en la península italiana. Estudió en la Escuela Superior de Mecánica de la Fuerza Aérea Italiana, (Aeronautica Militare) donde aplicó sus conocimientos en el mantenimiento de aviones cazabombarderos. Su espíritu aventurero lo llevó a Amsterdam, donde trabajó una

temporada como tornero, oficio del que se considera maestro.

Años después, trabajó para la compañía automotriz FIAT, que sus siglas - me explica- significan: Fábrica Italiana de Automóvil de Torino. Ahora soy yo el que me arropo en el recuerdo: “Saro, el primer carro de mi mamá fue un Fiat azul, así, chiquito...” Y él me responde como una centella: “Era el Fiat 1100”. ¡Cierto! Para celebrar la coincidencia, sonrío orgulloso y le da una palmada a la mesa de la sala de juntas del Hotel Suites Kino. Espacio amable y funcional donde charlamos.

En el 69, mientras el Concorde surcaba por primera vez los aires del mundo, Saro llegaba a Sonora con una maleta cargada de sueños: se casó con una hermosillense. Era febrero, Saro respiraba aires promisorios.

Ya instalado, había que trabajar por el porvenir de la familia, así que recurrió a su oficio de tornero. Su primer trabajo se lo dio don Enrique Aello en su taller; tiempo después laboró para don Enrique Mazón en la empresa Servillantas. Para estos personajes hermosillenses guarda un respeto muy especial: “Los dos eran gente de primera; a los dos los quise mucho”.

En tan solo tres meses de estancia en Hermosillo, Saro aprendió a hablar el español. Tenía su trabajo, mantenía a su familia, sin embargo no estaba del todo conforme, deseaba algo más. Saro, vivía con su esposa y su hijo José Antonio, frente

al Hotel Kino. Una mañana tomando café, se le ocurrió enviar una carta al director del diario *Il Mattino* de Nápoles: “Sr. Director: soy un siciliano que vive en el desierto de Sonora en México. Mi deseo es prosperar en esta tierra; por lo que mucho agradecería a mis paisanos que me enviaran recetas de pizzas”. El diario publicó la carta. Supongo que a los lectores les ha de haber parecido algo sumamente exótico que un siciliano radicado en América y en el desierto, solicitara esa ayuda: la respuesta fue inmediata, le llovieron cientos de recetas. Saro escogió las mejores y fue así como en diciembre de 1969 nació la Pizzería Napolitana, ubicada precisamente frente a la distribuidora VW Agrícola Automotriz.

Relata emocionado: “El día de la apertura, la gente hacía una cola que crecía y crecía... yo me asusté; después comprendí que aquella era la primera pizzería que se establecía en la tierra de la carne asada”.

Un publirelacionista natural

Con una intuición innata por la publicidad, la promoción y las relaciones públicas, Saro tomaba los periódicos de la época y recorría las secciones de sociales y de política: “asistí a muchas bodas en la catedral, de gente que no conocía; en las funerarias le di el pésame a gente que solo sabía su nombre”. El italiano lo que deseaba era que lo conocieran y lo logró: por años la pizzería de Saro se convirtió en un lugar obligado a visitar.

Políticos, empresarios, ganaderos, comerciantes, periodistas, artistas, todos se daban cita con Saro. La pizzería era un lugar donde se comía, donde se bebía, donde el hermosillense se la pasaba bien. Aunque ocupó varios locales de la ciudad, la gente lo seguía: había que comer pizzas, lasagna y espagüetti con Saro. Sin embargo, la felicidad no podía ser completa. Saro nos relata el desafortunado cuadro familiar: “Yo leía el Imparcial y ella el Sonorense; yo fumaba Fiesta y ella Raleigh. Eso sí, aunque los dos tomábamos café Combate, aquello terminó en el divorcio”.

Saro vivió en el Hotel Kino

En los momentos difíciles se acude a los amigos. Saro recurrió a Armando “Güero” Benard, quien le abrió las puertas del Hotel Kino. En algún momento Saro pensó en retornar a Italia, sin embargo, un hermano del Temo Balderrama al que le confió su intención le dijo: “Si te vas, serás primer italiano que se regresa a su tierra derrotado”.

Por la mente de Saro se cruzó una lista de apellidos paisanos: Ciscomani, Giotonini, Cesaretti, Baranzini, Nanneti, Parodi y tantos otros. Saro comprendió que sus raíces en Sonora eran profundas, así que continuó en la lucha por la vida.

Durante años, Saro cultivó la amistad de la familia Benard; cariño mutuo que se conserva hasta la fecha. Afirmo convencido y lo enfatiza con voz grave: “Yo siempre fui muy respe-

tuoso durante mi estancia en el Hotel Kino: nunca hubo una botella de vino en mi habitación; jamás tuve a personas extrañas en mi cuarto. Afuera de allí, lo acepto, era otra cosa”.

Saro se casó nuevamente, en esta ocasión con una dama norteamericana, que fue secretaria de Ronald Reagan al ser gobernador del estado de California. Con ella, en 1989 emprendió una nueva aventura en Bahía de Kino, Sonora: abrir un restaurant. Emprendedor y entusiasta como siempre ha sido, Saro construyó posteriormente algunas habitaciones y las rentó. Se dio cuenta que era un buen negocio y le habló a su amigo el “Güero” Benard, al que le reclamó: “¿Porqué no me dijiste que un hotel era muy buen negocio?”. El “Güero” le contestó divertido: “Yo me imaginé que después de 10 años de vivir en el Hotel Kino te habías dado cuenta”.

Saro Restivo es hoy un empresario exitoso, su hotel tiene actualmente 31 habitaciones y continúa creciendo. Orgulloso me muestra una pluma marca Cross y me dice: “Mira, ésta pluma me la regaló hace años Monseñor Pedro Villegas y me dijo, espero que con ella algún día firmes cheques. Sí, ahora firmo cheques y en dólares, gracias a la confianza y al cariño que siempre me han dado todos los sonorenses. Que Dios los bendiga a todos”. Le doy un abrazo y le digo: ¡Ciao Saro!

Rosalba Benard Jiménez

Gerente General

Rosalba Benard Jiménez, Gerente del Hotel Kino; ella también es conocida como Chavita. Sus amistades sabemos que su abuela materna, su madre, ella misma y su hijita, son conocidas como Chavitas: tenemos ya entonces una dinastía conformada por cuatro Chavitas. No puedo dejar de mencionar que la pequeña Chavita, es una hermosa rubia con unos ojos azules como los de su abuelo el “Güero”.

Chavita es una profesional que estudió la licenciatura de administración de empresas. Heredó de su madre el carácter amable y de su padre la capacidad de trabajo: Chavita está dedicada al hotel. Un ejemplo la pinta al óleo: una mañana llegué a la recepción del hotel, Chavita apoyaba a sus compañeras en las labores propias de la administración. Me planté frente a ella, mientras revisaba a detalle cierto documento: yo la observaba en silencio sin que ella notará mi presencia. Transcurrieron algunos segundos hasta que volteó y me dijo: “Disculpa Franco, estaba absorta en el trabajo”. Chavita utilizó el término preciso: estaba absorta, y quien adopta esa actitud es toda aquella persona responsable cuya atención emplea sus cinco sentidos. Chavita, como todos los Benard, están frente del hotel, prác-

tica que asegura el correcto funcionamiento de la empresa.

Chavita Benard Jiménez, recuerda sus años infantiles cuando sus padres la llevaban a disfrutar de la alberca techada del hotel. “Yo debía tener ya algunos 6 años, pues ya sabía nadar: recuerdo que me acompañaban mis primas y amigas”. Cuenta, además que al tiempo que se acondicionaba el edificio de las suites, el “Güero” Benard, que siempre ha tenido un gran amor por los perros grandes, tenía a unas perras muy bravas “La Loba y la Negra ¡Ay de aquel extraño que intentara meterse al edificio!”

El “Güero” Benard, consciente de que el Hotel Suites Kino es un legado familiar, cuya operación se aprende viviendo su cotidianidad, estimulaba en Chavita el amor a la empresa familiar; es por ello que a la tierna edad de doce años, ayudaba en administración a la señora Socorro Córdova Robles, seguramente en responsabilidades menores, pero que de alguna manera plantaron el germen de la profesional de la hotelería que es hoy.

Chavita me cuenta: “Mi papá, realmente no tuvo nunca una oficina propia; tenía eso si diferentes lugares donde laboraba, pero no uno en especial”. Es muy fuerte el ejemplo de esfuerzo y ahínco de los años que su padre le dedicó al hotel; Chavita aprendió bien la lección y la aplica diariamente.



Niños Armando y Rosalba Benard Jiménez

Armando Benard Jiménez

Director General

Armando es ecuánime, amable, conciliador, habla cuando debe hacerlo. Posee una cualidad poco común en estos tiempos: Sabe escuchar. Dice el teólogo Pedro Alfonso en su Disciplina clericalis: “No te apresures a responder hasta que no te acaben de preguntar”. Armando es un joven educado, orgullo de sus padres.

Saber escuchar es antes que nada, una actitud intelectual, que ofrece un respeto ante quien emite. Armando escuchó a sus padres durante años, los observó actuar, se preparó profesionalmente y es hoy el Director General de Hotel Suites Kino.

Armando nació en un año en el que la Universidad de Sonora sufría una de sus más graves crisis: 1967, como lo registra el escritor hermosillense Ismael Mercado Andrews en su libro “El día que explotó la rabia”. Pero, no todo en ese año era sombrío: nacía para la literatura la obra más importante que se ha escrito en Hispanoamérica, y que ha sido traducida a más de cuarenta idiomas: por supuesto que me refiero a “Cien años de Soledad”, del colombiano universal y premio Nobel de literatura 1982, Gabriel García Márquez, quien afirma con la

humildad de los grandes: “Yo escribo para que me quieran”.

Armando, estudió su primaria y secundaria bajo la experimentada dirección pedagógica de la familia Soria Larrea: tiempos de los que recuerda como su amorosa y dedicada madre lo orientaba con sus tareas. La preparatoria la cursó con los hermanos lasallistas en el Colegio Regis.

Es conveniente para la formación de un ser humano, vivir alguna vez en una gran urbe; esto resulta una experiencia formativa y aleccionadora. Armando decidió emigrar a la “Ciudad de las Montañas” a estudiar en el ITESM. Años para madurar alejado del seno familiar; años de preparación profesional y tiempos para robustecer amistades. Armando, obtuvo su título de Licenciado en Administración de Empresas.

Durante sus vacaciones, Armando se integraba al Hotel Kino. El recuerda cuando el hotel era de tan solo dos pisos; vio como su padre con enormes esfuerzos transformaba el hotel: la cátedra de vida que ofrece un padre es siempre la más valiosa y la única que jamás se olvida.

Armando define con adjetivos precisos a sus padres: Chavita es asertiva, entregada, con mucha energía, amigüera; es mi consejera y remata con una frase que no admite la más mínima duda: “La admiro... porque la admiro”. De su padre afirma: “es talentoso, tesonero, entregado a la familia, apasionado por

su trabajo: En una palabra, es mi guía”.

Armando junto con su hermana, vivió los diferentes procesos de cambio en el hotel. Las instalaciones fueron sus campos de juego; le gustaba corretear por el piso de madera que por entonces tenía el segundo piso del hotel.

Armando Benard Jiménez ha formado con su gentil esposa Rosa María Balderrama Sánchez, una sólida familia, formada bajo los valores que les legaron sus ancestros. Armando y Rosa María han procreado a sus tres amados hijos, Armando Andrés, Rosa María y Sofía.

El progreso material es solo una consecuencia del progreso intelectual. Armando es en estos momentos de la vida del hotel, quien lleva con firmeza el timón del barco que se lanzó a la mar hace décadas. El sabe que debe sortear las marejadas de los momentos económicos complicados con creatividad e ingenio. Tiene muy claro que debe pugnar por institucionalizar el legado familiar, innovando, y cambiando lo que en su momento resulte inoperante. Le queda claro que algunos paradigmas que quizás fueron vigentes hace años, hoy deben renovarse, presento un ejemplo: Por años su padre el “Güero” Benard sostuvo la frase: “Prefiero administrar diez hoteles a un restaurant”. Debo señalar que por un buen tiempo el restaurant del hotel fue concesionado a terceros, algunas veces funcionó correctamente; otras simplemente no. Hoy, de acuerdo con su

familia, sobre todo con su hermana, le preguntó: “¿Cómo la ves? ¿nos aventamos a administrar el restaurant?”. Chavita, optimista y aventada como su hermano accedió, y hoy el Restaurant del Pitic es administrado nuevamente por el hotel y, créame, el servicio es muy eficiente y se come muy bien.

En estos tiempos las alianzas estratégicas entre las empresas son una necesidad que exige el mercado, frente a la férrea competencia de los grandes consorcios. Los hoteles independientes no son la excepción. El Hotel Kino mantiene alianza y acuerdos con hoteles en la ruta 15 del Pacífico; es así que operan aliados por estrategias de mercadotecnia con hoteles hermanos, unidos por la amistad, esto confirma que solo entre los amigos sinceros es posible la unión.



Familia Benard Jimenez

El Hotel Suites Kino, ha sido una empresa exitosa por más de cien años. La familia Benard Jiménez trabaja para recibir a miles de huéspedes cada año, mismos que son atendidos por un excelente servicio, este esfuerzo ha sido reconocido por el Estado de Sonora y el país, ya que los dueños han recibido reconocimientos por la conservación y antigüedad del edificio histórico que se encuentra en el centro de la ciudad de Hermosillo.



Agradecimientos

Quiero expresar mi gratitud a quienes contribuyeron a hacer realidad este libro. En primer lugar a la familia Benard Jiménez por su amabilidad y colaboración, al aportar valiosa información sobre la historia de la familia y el Hotel Suites Kino. Al C.P. Javier Tapia Camou, Coordinador de la Comisión del Fomento al Turismo del Estado de Sonora, y a los funcionarios Lic. Sergio Hugo Cesaretti Corella, Secretario Particular del Coordinador General en Comisión de Fomento al Turismo del Estado de Sonora y al Lic. Alfredo Mauricio Cabral Porchas, Director de Turismo Cultural por su decidido apoyo para realizar este proyecto.

Agradezco a la Lic. María Dolores A. Galindo, Directora del Boletín Oficial y Archivo del Estado; su participación fue decisiva para la recopilación de la información. A la Sra. Guillermina Leal, por su asesoría en la búsqueda de fotografías e información histórica.

A la H. Sociedad Sonorense de Historia, institución de excelencia en donde encontré bibliografía esencial para el libro. A la Lic. Inés Martínez de Castro Navarrete, Jefa del Departamento de Difusión Cultural del Colegio de Sonora, por su aportación bibliográfica.

A mis amigo José Rafael Aguirre, cronista oficial de la ciudad

de Hermosillo, cuya información enriqueció el libro.

Al Dr. Ignacio Almada Bay y el Maestro José Rómulo Félix, historiadores de primer nivel, cuyos consejos conservaré siempre.

A los colaboradores del Hotel Kino, agradezco su participación y paciencia. Y, debo reconocer muy especialmente a la Lic. Paulina Molina Díaz por su profesionalismo.

Lic. Franco Becerra Boyaín y Goytia



Un Hotel Centenario

Franco Becerra B. y G.

Soy el Hotel Kino, el decano de los hoteles sonorenses.

Mi historia inicia a mediados del siglo XIX. En 1909 me establezco en el orgulloso sitio que desde entonces ocupo: las faldas del Cerro de la Campana.

Por mis paredes se respira historia y tradición hoteleras, soy pues un hotel centenario gracias al amor y profesionalismo de la familia Benard.

Los invito a que conozcan mi historia.



Banquete ofrecido al Coronel Álvaro Obregón en el hotel.
Hermosillo, Sonora 1913